

REDEMPTORIS MATER

(Sobre la Bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia peregrina)

INTRODUCCIÓN

I. MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO

- [Llena de gracia](#)
- [Feliz la que ha creído](#)
- [Ahí tienes a tu madre](#)

II. LA MADRE DE DIOS EN EL CENTRO DE LA IGLESIA PEREGRINA

- [La Iglesia. Pueblo de Dios radicado con todas las naciones de la tierra](#)
 - [El camino de la Iglesia y la unidad de todos los cristianos](#)
 - [El Magnificat de la Iglesia en camino](#)
-

Venerables Hermanos amadísimos hijos e hijas:

¡Salud y Bendición Apostólica!

INTRODUCCIÓN

1. La Madre del Redentor tiene un lugar preciso en el plan de la salvación, porque «al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, para que recibieran la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!» (Gál 4, 4-6).

Con estas palabras del apóstol Pablo, que el Concilio Vaticano II cita al comienzo de la exposición sobre la bienaventurada Virgen María,(1) deseo iniciar también mi reflexión sobre el significado que María tiene en el misterio de Cristo y sobre su presencia activa y ejemplar en la vida de la Iglesia. Pues, son palabras que celebran conjuntamente el amor del Padre, la misión del Hijo, el don del Espíritu, la mujer de la que nació el Redentor, nuestra filiación divina, en el misterio de la «plenitud de los tiempos».(2)

Esta plenitud delimita el momento, fijado desde toda la eternidad, en el cual el Padre envió a su Hijo «para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16). Esta plenitud señala el momento feliz en el que «la Palabra que estaba con Dios ... se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (Jn 1, 1. 14), haciéndose nuestro hermano. Esta misma plenitud señala el momento en que el Espíritu Santo, que ya había infundido la plenitud de gracia en María de Nazaret, plasmó en su seno virginal la naturaleza humana de Cristo. Esta plenitud define el instante en el que, por la entrada del eterno en el tiempo, el tiempo mismo es redimido y, llenándose del misterio de Cristo, se convierte definitivamente en «tiempo de salvación». Designa, finalmente, el comienzo arcano del camino de la Iglesia. En la liturgia, en efecto, la Iglesia saluda a María de Nazaret como a su exordio,(3) ya que en la Concepción inmaculada ve la proyección, anticipada en su miembro más noble, de la gracia salvadora de la Pascua y, sobre todo, porque en el hecho de la Encarnación encuentra unidos indisolublemente a Cristo y a María: al que es su Señor y su Cabeza y a la que, pronunciando el primer *fiat* de la Nueva Alianza, prefigura su condición de esposa y madre.

2. La Iglesia, confortada por la presencia de Cristo (cf. Mt 28, 20), camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos y va al encuentro del Señor que llega. Pero en este camino —deseo destacarlo enseguida— procede recorriendo de nuevo el *itinerario* realizado por la Virgen María, que «*avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz*».(4) Tomo estas palabras tan densas y evocadoras de la Constitución *Lumen gentium*, que en su parte final traza una síntesis eficaz de la doctrina de la Iglesia sobre el tema de la Madre de Cristo, venerada por ella como madre suya amantísima y como su figura en la fe, en la esperanza y en la caridad.

Poco después del Concilio, mi gran predecesor Pablo VI quiso volver a hablar de la Virgen Santísima, exponiendo en la Carta Encíclica *Christi Matri* y más tarde en las Exhortaciones Apostólicas *Signum magnum* y *Marialis cultus* (5) los fundamentos y criterios de aquella singular veneración que la Madre de Cristo recibe en la Iglesia, así como las diferentes formas de devoción mariana —litúrgicas, populares y privadas— correspondientes al espíritu de la fe.

3. La circunstancia que ahora me empuja a volver sobre este tema es la *perspectiva del año dos mil*, ya cercano, en el que el Jubileo bimilenario del nacimiento de Jesucristo orienta, al mismo tiempo, nuestra mirada hacia su Madre. En los últimos años se han alzado varias voces para exponer la oportunidad de hacer preceder tal conmemoración por un análogo Jubileo, dedicado a la celebración del nacimiento de María.

En realidad, aunque no sea posible establecer un preciso *punto cronológico* para fijar la fecha del nacimiento de María, es constante por parte de la Iglesia la conciencia de que *María apareció antes de Cristo* en el horizonte de la *historia de la salvación*.(6) Es un hecho que, mientras se acercaba definitivamente «la plenitud de los tiempos», o sea el acontecimiento salvífico del Emmanuel, la que había sido destinada desde la eternidad para ser su Madre ya existía en la tierra. Este «preceder» suyo a la venida de Cristo se refleja cada año en la *liturgia de Adviento*. Por consiguiente, si los años que se acercan a la conclusión del segundo Milenio después de Cristo y al comienzo del tercero se refieren a aquella antigua espera histórica del Salvador, es plenamente comprensible que en este período deseemos dirigirnos de modo particular a la que, en la «noche» de la espera de Adviento, comenzó a resplandecer como una verdadera «estrella de la mañana» (*Stella matutina*). En efecto, igual que esta estrella junto con la «aurora» precede la salida del sol, así María desde su concepción inmaculada ha precedido la venida del Salvador, la salida del «sol de justicia» en la historia del género humano.(7)

Su presencia en medio de Israel —tan discreta que pasó casi inobservada a los ojos de sus contemporáneos— resplandecía claramente ante el Eterno, el cual había asociado a esta escondida «hija de Sión» (cf. *So* 3, 14; *Za*2, 14) al plan salvífico que abarcaba toda la historia de la humanidad. Con razón pues, al término del segundo Milenio, nosotros los cristianos, que sabemos como el plan providencial de la Santísima Trinidad sea la *realidad central de la revelación y de la fe*, sentimos la necesidad de poner de relieve la presencia singular de la Madre de Cristo en la historia, especialmente durante estos últimos años anteriores al dos mil.

4. Nos prepara a esto el Concilio Vaticano II, presentando en su magisterio a *la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia*. En efecto, si es verdad que «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» —como proclama el mismo Concilio (8)—, es necesario aplicar este principio de modo muy particular a aquella excepcional «hija de las generaciones humanas», a aquella «mujer» extraordinaria que llegó a ser Madre de Cristo. Sólo en el *misterio de Cristo se esclarece* plenamente *su misterio*. Así, por lo demás, ha intentado leerlo la Iglesia desde el comienzo. El misterio de la Encarnación le ha permitido penetrar y esclarecer cada vez mejor el misterio de la Madre del Verbo encarnado. En este profundizar tuvo particular importancia el Concilio de Éfeso (a. 431) durante el cual, con gran gozo de los cristianos, la verdad sobre la maternidad divina de María fue confirmada solemnemente como verdad de fe de la Iglesia. María es *la Madre de Dios (Theotókos)*, ya que por obra del Espíritu Santo concibió en su seno virginal y dio al mundo a Jesucristo, el Hijo de Dios consubstancial al Padre.(9) «El Hijo de Dios... nacido de la Virgen María... se hizo verdaderamente uno de los nuestros...».(10) se hizo hombre. Así pues, mediante el misterio de Cristo, en el horizonte de la fe de la Iglesia resplandece plenamente el

misterio de su Madre. A su vez, el dogma de la maternidad divina de María fue para el Concilio de Éfeso y es para la Iglesia como un sello del dogma de la Encarnación, en la que el Verbo asume realmente en la unidad de su persona la naturaleza humana sin anularla.

5. El Concilio Vaticano II, presentando a María en el misterio de Cristo, encuentra también, de este modo, el camino para profundizar en el conocimiento del misterio de la Iglesia. En efecto, María, como Madre de Cristo, *está unida de modo particular a la Iglesia*, «que el Señor constituyó como su Cuerpo».(11) El texto conciliar acerca significativamente esta verdad sobre la Iglesia como cuerpo de Cristo (según la enseñanza de las *Cartas paulinas*) a la verdad de que el Hijo de Dios «por obra del Espíritu Santo nació de María Virgen». La realidad de la Encarnación encuentra casi su prolongación *en el misterio de la Iglesia-cuerpo de Cristo*. Y no puede pensarse en la realidad misma de la Encarnación sin hacer referencia a María, Madre del Verbo encarnado.

En las presentes reflexiones, sin embargo, quiero hacer referencia sobre todo a aquella «peregrinación de la fe», en la que «la Santísima Virgen avanzó», manteniendo fielmente su unión con Cristo.(12) De esta manera aquel *doble vínculo*, que une la Madre de Dios *a Cristo y a la Iglesia*, adquiere un significado histórico. No se trata aquí sólo de la historia de la Virgen Madre, de su personal camino de fe y de la «parte mejor» que ella tiene en el misterio de la salvación, sino además de la historia de todo el Pueblo de Dios, *de todos los que toman parte en la misma peregrinación de la fe*.

Esto lo expresa el Concilio constatando en otro pasaje que María «precedió», convirtiéndose en «tipo de la Iglesia ... en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo».(13) Este «*preceder*» suyo *como tipo, o modelo*, se refiere al mismo misterio íntimo de la Iglesia, la cual realiza su misión salvífica uniendo en sí —como María— las cualidades de *madre y virgen*. Es virgen que «guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo» y que «se hace también madre ... pues ... engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios».(14)

6. Todo esto se realiza en un gran proceso histórico y, por así decir, «en un camino». *La peregrinación de la fe indica la historia interior*, es decir la historia de las almas. Pero ésta es también la historia de los hombres, sometidos en esta tierra a la transitoriedad y comprendidos en la dimensión de la historia. En las siguientes reflexiones deseamos concentrarnos ante todo en la fase actual, que de por sí no es aún historia, y sin embargo la plasma sin cesar, incluso en el sentido de historia de la salvación. Aquí se abre un amplio espacio, dentro del cual *la bienaventurada Virgen María sigue «precediendo» al Pueblo de Dios*. Su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia, para los individuos y comunidades, para los pueblos y naciones, y, en cierto modo, para toda la humanidad. De veras es difícil abarcar y medir su radio de acción.

El Concilio subraya que *la Madre de Dios es ya el cumplimiento escatológico de la Iglesia*: «La Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga (cf. *Ef 5, 27*)» y al mismo tiempo que «los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso *levantan sus ojos a María*, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos».(15) La peregrinación de la fe ya no pertenece a la Madre del Hijo de Dios; glorificada junto al Hijo en los cielos, María ha superado ya el umbral entre la fe y la visión «cara a cara» (*1 Cor 13, 12*). Al mismo tiempo, sin embargo, en este cumplimiento escatológico no deja de ser la «Estrella del mar» (*Maris Stella*) (16) para todos los que aún siguen el camino de la fe. Si alzan los ojos hacia ella en los diversos lugares de la existencia terrena lo hacen porque ella «dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. *Rom 8, 29*)».(17) y también porque a la «generación y educación» de estos hermanos y hermanas «coopera con amor materno».(18)

I PARTE

MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO

1. Llena de gracia

7. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo» (*Ef* 1, 3). Estas palabras de la *Carta a los Efesios* revelan el eterno designio de Dios Padre, su plan de salvación del hombre en Cristo. Es un plan universal, que comprende a todos los hombres creados a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gén* 1, 26). Todos, así como están incluidos «al comienzo» en la obra creadora de Dios, también están incluidos eternamente en el plan divino de la salvación, que se debe revelar completamente, en la «plenitud de los tiempos», con la venida de Cristo. En efecto, Dios, que es «Padre de nuestro Señor Jesucristo, —son las palabras sucesivas de la misma *Carta*— «nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus «hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la que nos agració en el Amado. En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia» (*Ef* 1,4-7).

El plan divino de la salvación, que nos ha sido revelado plenamente con la venida de Cristo, es eterno. Está también —según la enseñanza contenida en aquella *Carta* y en otras *Cartas* paulinas— eternamente unido a Cristo. Abarca a todos los hombres, pero reserva un lugar particular a la «mujer» que es la Madre de aquel, al cual el Padre ha confiado la obra de la salvación.(19) Como escribe el Concilio Vaticano II, «ella misma es insinuada proféticamente en la promesa dada a nuestros primeros padres caídos en pecado», según el libro del *Génesis* (cf. 3, 15). «Así también, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo cuyo nombre será Emmanuel», según las palabras de Isaías (cf. 7, 14).(20) De este modo el Antiguo Testamento prepara aquella «plenitud de los tiempos», en que Dios «envió a su Hijo, nacido de mujer, ... para que recibiéramos la filiación adoptiva». La venida del Hijo de Dios al mundo es el acontecimiento narrado en los primeros capítulos de los Evangelios según Lucas y Mateo.

8. María es introducida definitivamente en el misterio de Cristo a través de este acontecimiento: la *anunciación* del ángel. Acontece en Nazaret, en circunstancias concretas de la historia de Israel, el primer pueblo destinatario de las promesas de Dios. El mensajero divino dice a la Virgen: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (*Lc* 1, 28). María «se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo» (*Lc* 1, 29). Qué significarían aquellas extraordinarias palabras y, en concreto, la expresión «llena de gracia» (*Kejaritoméne*).(21)

Si queremos meditar junto a María sobre estas palabras y, especialmente sobre la expresión «llena de gracia», podemos encontrar una verificación significativa precisamente en el pasaje anteriormente citado de la *Carta a los Efesios*. Si, después del anuncio del mensajero celestial, la Virgen de Nazaret es llamada también «bendita entre las mujeres» (cf. *Lc* 1, 42), esto se explica por aquella bendición de la que «Dios Padre» nos ha colmado «en los cielos, en Cristo». Es una *bendición espiritual*, que se refiere a todos los hombres, y lleva consigo la plenitud y la universalidad («toda bendición»), que brota del amor que, en el Espíritu Santo, une al Padre el Hijo consubstancial. Al mismo tiempo, es una bendición derramada por obra de Jesucristo en la historia del hombre desde el comienzo hasta el final: a todos los hombres. Sin embargo, esta bendición se refiere a María de modo especial y excepcional; en efecto, fue saludada por Isabel como «bendita entre las mujeres».

La razón de este doble saludo es, pues, que en el alma de esta «hija de Sión» se ha manifestado, en cierto sentido, toda la «gloria de su gracia», aquella con la que el Padre «nos agració en el Amado». El mensajero saluda, en efecto, a María como «llena de gracia»; la llama así, como si éste fuera su verdadero nombre. No llama a su interlocutora con el nombre que le es propio en el registro civil: «Miryam» (María), sino *con este nombre nuevo*: «llena de gracia». ¿Qué significa este nombre? ¿Porqué el arcángel llama así a la Virgen de

Nazaret?

En el lenguaje de la Biblia «gracia» significa un don especial que, según el Nuevo Testamento, tiene la propia fuente en la vida trinitaria de Dios mismo, de Dios que es amor (cf. *1 Jn* 4, 8). Fruto de este amor es *la elección*, de la que habla la *Carta a los Efesios*. Por parte de Dios esta elección es la eterna voluntad de salvar al hombre a través de la participación de su misma vida en Cristo (cf. *2 P* 1, 4): es la salvación en la participación de la vida sobrenatural. El efecto de este don eterno, de esta gracia de la elección del hombre, es como un *germen de santidad*, o como una fuente que brota en el alma como don de Dios mismo, que mediante la gracia vivifica y santifica a los elegidos. De este modo tiene lugar, es decir, se hace realidad aquella bendición del hombre «con toda clase de bendiciones espirituales», aquel «ser sus hijos adoptivos ... en Cristo» o sea en aquel que es eternamente el «Amado» del Padre.

Cuando leemos que el mensajero dice a María «llena de gracia», el contexto evangélico, en el que confluyen revelaciones y promesas antiguas, nos da a entender que se trata de una bendición singular entre todas las «bendiciones espirituales en Cristo». En el misterio de Cristo María está *presente* ya «antes de la creación del mundo» como aquella que el Padre «ha elegido» *como Madre* de su Hijo en la Encarnación, y junto con el Padre la ha elegido el Hijo, confiándola eternamente al Espíritu de santidad. María está unida a Cristo de un modo totalmente especial y excepcional, e igualmente *es amada en este «Amado» eternamente*, en este Hijo consubstancial al Padre, en el que se concentra toda «la gloria de la gracia». A la vez, ella está y sigue abierta perfectamente a este «don de lo alto» (cf. *St* 1, 17). Como enseña el Concilio, María «sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de El esperan con confianza la salvación».(22)

9. Si el saludo y el nombre «llena de gracia» significan todo esto, en el contexto del anuncio del ángel se refieren ante todo *a la elección de María como Madre del Hijo de Dios*. Pero, al mismo tiempo, la plenitud de gracia indica la dádiva sobrenatural, de la que se beneficia María porque ha sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo. Si esta elección es fundamental para el cumplimiento de los designios salvíficos de Dios respecto a la humanidad, si la elección eterna en Cristo y la destinación a la dignidad de hijos adoptivos se refieren a todos los hombres, la elección de María es del todo excepcional y única. De aquí, la singularidad y unicidad de su lugar en el misterio de Cristo.

El mensajero divino le dice: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo» (*Lc* 1, 30-32). Y cuando la Virgen, turbada por aquel saludo extraordinario, pregunta: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?», recibe del ángel la confirmación y la explicación de las palabras precedentes. Gabriel le dice: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios*» (*Lc* 1, 35).

Por consiguiente, la Anunciación es la revelación del misterio de la Encarnación al comienzo mismo de su cumplimiento en la tierra. El donarse salvífico que Dios hace de sí mismo y de su vida en cierto modo a toda la creación, y directamente al hombre, alcanza *en el misterio de la Encarnación uno de sus vértices*. En efecto, este es un vértice entre todas las donaciones de gracia en la historia del hombre y del cosmos. María es «llena de gracia», porque la Encarnación del Verbo, la unión hipostática del Hijo de Dios con la naturaleza humana, se realiza y cumple precisamente en ella. Como afirma el Concilio, María es «Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo; con un don de gracia tan eximia, antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas».(23)

10. La *Carta a los Efesios*, al hablar de la «historia de la gracia» que «Dios Padre ... nos agració en el Amado», añade: «En él tenemos por medio de su sangre la redención» (*Ef* 1, 7). Según la doctrina, formulada en documentos solemnes de la Iglesia, esta «gloria de la gracia» se ha manifestado en la Madre de Dios por el hecho de que ha sido redimida «de un modo eminente».(24) En virtud de la riqueza de la gracia del Amado, en razón de los méritos redentores del que sería su Hijo, María ha sido *preservada de la herencia del pecado original*.(25) De esta manera, desde el primer instante de su concepción, es decir de su existencia, es de Cristo, participa de la gracia salvífica y santificante y de aquel amor que tiene su inicio en el «Amado», el Hijo del eterno Padre, que mediante la Encarnación se ha convertido en su propio Hijo. Por

eso, por obra del Espíritu Santo, en el orden de la gracia, o sea de la participación en la naturaleza divina, *María recibe la vida de aquel al que ella misma dio la vida* como madre, en el orden de la generación terrena. La liturgia no duda en llamarla «madre de su Progenitor» (26) y en saludarla con las palabras que Dante Alighieri pone en boca de San Bernardo: «hija de tu Hijo». (27) Y dado que esta «nueva vida» María la recibe con una plenitud que corresponde al amor del Hijo a la Madre y, por consiguiente, a la dignidad de la maternidad divina, en la anunciación el ángel la llama «llena de gracia».

11. En el designio salvífico de la Santísima Trinidad el misterio de la Encarnación constituye *el cumplimiento sobreabundante de la promesa* hecha por Dios a los hombres, *después del pecado original*, después de aquel primer pecado cuyos efectos pesan sobre toda la historia del hombre en la tierra (cf. *Gén* 3, 15). Viene al mundo un Hijo, el «linaje de la mujer» que derrotará el mal del pecado en su misma raíz: «aplastará la cabeza de la serpiente». Como resulta de las palabras del protoevangelio, la victoria del Hijo de la mujer no sucederá sin una dura lucha, que penetrará toda la historia humana. «La enemistad», anunciada al comienzo, es confirmada en el Apocalipsis, libro de las realidades últimas de la Iglesia y del mundo, donde vuelve de nuevo la señal de la «mujer», esta vez «vestida del sol» (*Ap* 12, 1).

María, Madre del Verbo encarnado, está situada *en el centro mismo de aquella «enemistad»*, de aquella lucha que acompaña la historia de la humanidad en la tierra y la historia misma de la salvación. En este lugar ella, que pertenece a los «humildes y pobres del Señor», lleva en sí, como ningún otro entre los seres humanos, aquella «gloria de la gracia» que el Padre «nos agració en el Amado», y esta *gracia determina la extraordinaria grandeza y belleza* de todo su ser. María permanece así ante Dios, y también ante la humanidad entera, como el signo inmutable e inviolable de la elección por parte de Dios, de la que habla la *Carta* paulina: «Nos ha elegido en él (Cristo) antes de la fundación del mundo,... eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos» (*Ef* 1, 4.5). Esta elección es más fuerte que toda experiencia del mal y del pecado, de toda aquella «enemistad» con la que ha sido marcada la historia del hombre. En esta historia María sigue siendo una señal de esperanza segura.

2. Feliz la que ha creído

12. Poco después de la narración de la anunciación, el evangelista Lucas nos guía tras los pasos de la Virgen de Nazaret hacia «una ciudad de Judá» (*Lc* 1, 39). Según los estudiosos esta ciudad debería ser la actual Ain-Karim, situada entre las montañas, no distante de Jerusalén. María llegó allí «con prontitud» *para visitar a Isabel* su pariente. El motivo de la visita se halla también en el hecho de que, durante la anunciación, Gabriel había nombrado de modo significativo a Isabel, que en edad avanzada había concebido de su marido Zacarías un hijo, por el poder de Dios: «Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible a Dios» (*Lc* 1, 36-37). El mensajero divino se había referido a cuanto había acontecido en Isabel, para responder a la pregunta de María: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» (*Lc* 1, 34). Esto sucederá precisamente por el «poder del Altísimo», como y más aún que en el caso de Isabel.

Así pues María, movida por la caridad, se dirige a la casa de su pariente. Cuando entra, Isabel, al responder a su saludo y sintiendo saltar de gozo al niño en su seno, «llena de Espíritu Santo», a su vez saluda *a María* en alta voz: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno» (cf. *Lc* 1, 40-42). Esta exclamación o aclamación de Isabel entraría posteriormente en el *Ave María*, como una continuación del saludo del ángel, convirtiéndose así en una de las plegarias más frecuentes de la Iglesia. Pero más significativas son todavía las palabras de Isabel en la pregunta que sigue: «¿de donde a mí que *la madre de mi Señor* venga a mí?» (*Lc* 1, 43). Isabel da testimonio de María: reconoce y proclama que ante ella está la Madre del Señor, la Madre del Mesías. De este testimonio participa también el hijo que Isabel lleva en su seno: «saltó de gozo el niño en su seno» (*Lc* 1, 44). EL niño es el futuro Juan el Bautista, que en el Jordán señalará en Jesús al Mesías.

En el saludo de Isabel cada palabra está llena de sentido y, sin embargo, parece ser de *importancia fundamental* lo que dice al final: «*¡Feliz la que ha creído* que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (*Lc* 1, 45). (28) Estas palabras se pueden poner junto al apelativo «llena de gracia» del saludo del ángel. En ambos textos se revela un contenido mariológico esencial, o sea, la verdad sobre María,

que ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente porque «ha creído». *La plenitud de gracia*, anunciada por el ángel, significa el don de Dios mismo; *la fe de María*, proclamada por Isabel en la visitación, indica *como* la Virgen de Nazaret *ha respondido a este don*.

13. «Cuando Dios revela hay que prestarle la *obediencia de la fe*» (*Rom* 16, 26; cf. *Rom* 1, 5; *2 Cor* 10, 5-6), por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, como enseña el Concilio.(29) Esta descripción de la fe encontró una realización perfecta en María. El momento «decisivo» fue la anunciación, y las mismas palabras de Isabel «Feliz la que ha creído» se refieren en primer lugar a este instante.(30)

En efecto, en la Anunciación María se ha *abandonado en Dios* completamente, manifestando «la obediencia de la fe» a aquel que le hablaba a través de su mensajero y prestando «el homenaje del entendimiento y de la voluntad».(31) Ha respondido, por tanto, *con todo su «yo» humano, femenino*, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con «la gracia de Dios que previene y socorre» y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que, «perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones».(32)

La palabra del Dios viviente, anunciada a María por el ángel, se refería a ella misma «vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo» (*Lc* 1, 31). Acogiendo este anuncio, María se convertiría en la «Madre del Señor» y en ella se realizaría el misterio divino de la Encarnación: «El Padre de las misericordias quiso que precediera a la encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada».(33) Y María da este consentimiento, después de haber escuchado todas las palabras del mensajero. Dice: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1, 38). Este *fiat* de María —«hágase en mí»— ha decidido, desde el punto de vista humano, la realización del misterio divino. Se da una plena consonancia con las palabras del Hijo que, según la *Carta a los Hebreos*, al venir al mundo dice al Padre: «Sacrificio y oblación no quisiste; *pero me has formado un cuerpo* ... He aquí que vengo ... a hacer, oh Dios, tu voluntad» (*Hb* 10, 5-7). El misterio de la Encarnación se ha realizado en el momento en el cual María ha pronunciado su *fiat*: «hágase en mí según tu palabra», haciendo posible, en cuanto concernía a ella según el designio divino, el cumplimiento del deseo de su Hijo. María ha pronunciado este *fiat por medio de la fe*. Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas y «se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo».(34) Y este Hijo —como enseñan los Padres— lo ha concebido en la mente antes que en el seno: precisamente por medio de la fe.(35) Justamente, por ello, Isabel alaba a María: «¡Feliz la que ha creído que se *cumplirían* las cosas que le fueron dichas por parte del Señor!». Estas palabras ya se han realizado. María de Nazaret se presenta en el umbral de la casa de Isabel y Zacarías como Madre del Hijo de Dios. Es el descubrimiento gozoso de Isabel: «¿de donde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?».

14. Por lo tanto, la fe de María puede *parangonarse* también a *la de Abraham*, llamado por el Apóstol «nuestro padre en la fe» (cf. *Rom* 4, 12). En la economía salvífica de la revelación divina la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la anunciación da comienzo a la Nueva Alianza. Como Abraham «*esperando contra toda esperanza, creyó* y fue hecho padre de muchas naciones» (cf. *Rom* 4, 18), así María, en el instante de la anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen («¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?»), *creyó* que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Hijo de Dios según la revelación del ángel: «el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (*Lc* 1, 35).

Sin embargo las palabras de Isabel «Feliz la que ha creído» no se aplican únicamente a aquel momento concreto de la anunciación. Ciertamente la anunciación representa el momento culminante de la fe de María a la espera de Cristo, pero es además el punto de partida, de donde inicia todo su «camino hacia Dios», todo su camino de fe. Y sobre esta vía, de modo eminente y realmente heroico —es más, con un heroísmo de fe cada vez mayor— se efectuará la «obediencia» profesada por ella a la palabra de la divina revelación. Y esta «obediencia de la fe» por parte de María a lo largo de todo su camino tendrá analogías sorprendentes con la fe de Abraham. Como el patriarca del Pueblo de Dios, así también María, a través del camino de su *fiat* filial y maternal, «*esperando contra esperanza, creyó*». De modo especial a lo largo de algunas etapas de este camino la bendición concedida a «la que ha creído» se revelará con particular evidencia. Creer quiere decir «abandonarse» en la verdad misma de la palabra del Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente

«¿cuán insondables son sus designios e *inescrutables sus caminos!*» (Rom 11, 33). María, que por la eterna voluntad del Altísimo se ha encontrado, puede decirse, en el centro mismo de aquellos «inescrutables caminos» y de los «insondables designios» de Dios, se conforma a ellos en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino.

15. María, cuando en la anunciación siente hablar del Hijo del que será madre y al que «pondrá por nombre Jesús» (Salvador), llega a conocer también que a el mismo «el Señor Dios le dará el trono de David, su padre» y que «reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (Lc 1, 32-33) En esta dirección se encaminaba la esperanza de todo el pueblo de Israel. EL Mesías prometido debe ser «grande», e incluso el mensajero celestial anuncia que «*será grande*», grande tanto por el nombre de *Hijo del Altísimo* como por asumir la *herencia de David*. Por lo tanto, debe ser rey, debe reinar «en la casa de Jacob». María ha crecido en medio de esta expectativa de su pueblo, podía intuir, en el momento de la anunciación ¿qué significado preciso tenían las palabras del ángel? ¿Cómo conviene entender aquel «reino» que no «tendrá fin»?

Aunque por medio de la fe se haya sentido en aquel instante Madre del «Mesías-rey», sin embargo responde: «*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1, 38). Desde el primer momento, María profesa sobre todo «la obediencia de la fe», abandonándose al significado que, a las palabras de la anunciación, daba aquel del cual provenían: Dios mismo.

16. Siempre a través de este camino de la «obediencia de la fe» María oye algo más tarde *otras palabras*; las pronunciadas por *Simeón* en el templo de Jerusalén. Cuarenta días después del nacimiento de Jesús, según lo prescrito por la Ley de Moisés, María y José «llevaron al niño a Jerusalén para presentarle al Señor» (Lc 2, 22) El nacimiento se había dado en una situación de extrema pobreza. Sabemos, pues, por Lucas que, con ocasión del censo de la población ordenado por las autoridades romanas, María se dirigió con José a Belén; no habiendo encontrado «sitio en el alojamiento», *dio a luz a su hijo en un establo* y «le acostó en un pesebre» (cf. Lc 2, 7).

Un hombre justo y piadoso, llamado Simeón, aparece al comienzo del «itinerario» de la fe de María. Sus palabras, sugeridas por el Espíritu Santo (cf. Lc 2, 25-27), confirman la verdad de la anunciación. Leemos, en efecto, que «tomó en brazos» al niño, al que —según la orden del ángel— «se le dio el nombre de Jesús» (cf. Lc 2, 21). El discurso de Simeón es conforme al significado de este nombre, que quiere decir Salvador: «Dios es la salvación». Vuelto al Señor, dice lo siguiente: «Porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a *la vista de todos los pueblos*, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2, 30-32). Al mismo tiempo, sin embargo, Simeón se dirige a María con estas palabras: «Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser *señal de contradicción* ... a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones»; y añade con referencia directa a María: «y a ti misma una espada te atravesará el alma» (Lc 2, 34-35). Las palabras de Simeón dan nueva luz al anuncio que María ha oído del ángel: Jesús es el Salvador, es «*luz para iluminar*» a los hombres. ¿No es aquel que se manifestó, en cierto modo, en la Nochebuena, cuando *los pastores* fueron al establo? ¿No es aquel que debía manifestarse todavía más con la llegada de los *Magos del Oriente*? (cf. Mt 2, 1-12). Al mismo tiempo, sin embargo, ya al comienzo de su vida, el Hijo de María —y con él su Madre— experimentarán en sí mismos la verdad de las restantes palabras de Simeón: «Señal de contradicción» (Lc 2, 34). El anuncio de Simeón parece como un *segundo anuncio a María*, dado que le indica la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir en la incompreensión y en el dolor. Si por un lado, este anuncio confirma su fe en el cumplimiento de las promesas divinas de la salvación, por otro, le revela también que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa. En efecto, después de la visita de los Magos, después de su homenaje («postrándose le adoraron»), después de ofrecer unos dones (cf. Mt 2, 11), María con el niño *debe huir a Egipto* bajo la protección diligente de José, porque «Herodes buscaba al niño para matarlo» (cf. Mt 2, 13). Y hasta la muerte de Herodes tendrán que permanecer en Egipto (cf. Mt 2, 15).

17. Después de la muerte de Herodes, cuando la sagrada familia regresa a Nazaret, comienza el largo *período de la vida oculta*. La que «ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del

Señor» (Lc 1, 45) vive cada día el contenido de estas palabras. Diariamente junto a ella está el Hijo a quien *ha puesto por nombre Jesús*; por consiguiente, en la relación con él usa ciertamente este nombre, que por lo demás no podía maravillar a nadie, usándose desde hacía mucho tiempo en Israel. Sin embargo, María sabe que el que lleva por nombre *Jesús* ha sido llamado por el ángel «Hijo del Altísimo» (cf. Lc 1, 32). María sabe que lo ha concebido y dado a luz «sin conocer varón», por obra del Espíritu Santo, con el poder del Altísimo que ha extendido su sombra sobre ella (cf. Lc 1, 35), así como la nube velaba la presencia de Dios en tiempos de Moisés y de los padres (cf. Ex 24, 16; 40, 34-35; 1Rom 8, 10-12). Por lo tanto, María sabe que el Hijo dado a luz virginalmente, es precisamente aquel «Santo», el «Hijo de Dios», del que le ha hablado el ángel.

A lo largo de la vida oculta de Jesús en la casa de Nazaret, también *la vida de María está «oculta con Cristo en Dios»* (cf. Col 3, 3), *por medio de la fe*. Pues la fe es un contacto con el misterio de Dios. María constantemente y diariamente está en contacto con el misterio inefable de Dios que se ha hecho hombre, misterio que supera todo lo que ha sido revelado en la Antigua Alianza. Desde el momento de la anunciación, la mente de la Virgen-Madre ha sido introducida en la radical «novedad» de la autorrevelación de Dios y ha tomado conciencia del misterio. Es la primera de aquellos «pequeños», de los que Jesús dirá: «Padre ... has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños» (Mt 11, 25). Pues «nadie conoce bien al Hijo sino el Padre» (Mt 11, 27). ¿Cómo puede, pues, María «conocer al Hijo»? Ciertamente no lo conoce como el Padre; sin embargo, es *la primera entre aquellos a quienes el Padre «lo ha querido revelar»* (cf. Mt 11, 26-27; 1 Cor 2, 11). Pero si desde el momento de la anunciación le ha sido revelado el Hijo, que sólo el Padre conoce plenamente, como aquel que lo engendra en el eterno «hoy» (cf. Sal 2, 7), María, la Madre, está en contacto con la verdad de su Hijo únicamente en la fe y por la fe. Es, por tanto, bienaventurada, porque «ha creído» y *cree cada día* en medio de todas las pruebas y contrariedades del período de la infancia de Jesús y luego durante los años de su vida oculta en Nazaret, donde «vivía sujeto a ellos» (Lc 2, 51): sujeto a María y también a José, porque éste hacía las veces de padre ante los hombres; de ahí que el Hijo de María era considerado también por las gentes como «el hijo del carpintero» (Mt 13, 55).

La Madre de *aquel Hijo*, por consiguiente, recordando cuanto le ha sido dicho en la anunciación y en los acontecimientos sucesivos, lleva consigo la radical «novedad» de la fe: *el inicio de la Nueva Alianza*. Esto es el comienzo del Evangelio, o sea de la buena y agradable nueva. No es difícil, pues, notar en este iniciouna *particular fatiga del corazón*, unida a una especie de *a noche de la fe* —usando una expresión de San Juan de la Cruz—, como un «velo» a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en intimidad con el misterio.(36) Pues de este modo María, durante muchos años, *permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo*, y avanzaba en su itinerario de fe, a medida que Jesús «progresaba en sabiduría ... en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2, 52). Se manifestaba cada vez más ante los ojos de los hombres la predilección que Dios sentía por él. La primera entre estas criaturas humanas admitidas al descubrimiento de Cristo era María, que con José vivía en la casa de Nazaret.

Pero, cuando, después del encuentro en el templo, a la pregunta de la Madre: «¿por qué has hecho esto?», *Jesús, que tenía doce años*, responde «¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?», y el evangelista añade: «*Pero ellos* (José y María) *no comprendieron* la respuesta que les dio» (Lc 2, 48-50) Por lo tanto, Jesús tenía conciencia de que «nadie conoce bien al Hijo sino el Padre» (cf. Mt 11, 27), tanto que aun aquella, a la cual había sido revelado más profundamente el misterio de su filiación divina, su Madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe. Hallándose al lado del hijo, bajo un mismo techo y «manteniendo fielmente la unión con su Hijo», *avanzaba en la peregrinación de la fe*, como subraya el Concilio.(37) Y así sucedió a lo largo de la vida pública de Cristo (cf. Mc 3, 21,35); de donde, día tras día, se cumplía en ella la bendición pronunciada por Isabel en la visitación: «Feliz la que ha creído».

18. Esta bendición alcanza su pleno significado, *cuando María está junto a la Cruz* de su Hijo (cf. Jn 19, 25). El Concilio afirma que esto sucedió «no sin designio divino»: «se conmovió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmólación de la víctima engendrada por Ella misma»; de este modo María «mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz»: (38) la unión por medio de la fe, la misma fe con la que había acogido la revelación del ángel en el momento de la anunciación. Entonces había escuchado las palabras: «El será grande ... *el Señor Dios* le dará

el trono de David, su padre ... reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (Lc 1, 32-33).

Y he aquí que, estando junto a la Cruz, María es testigo, humanamente hablando, de un completo *desmentido de estas palabras*. Su Hijo agoniza sobre aquel madero como un condenado. «Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores ... despreciable y no le tuvimos en cuenta»: casi anonadado (cf. Is 53, 35) ¡Cuan grande, cuan heroica en esos momentos la *obediencia de la fe* demostrada por María ante los «insondables designios» de Dios! ¡Cómo se «abandona en Dios» sin reservas, «prestando el homenaje del entendimiento y de la voluntad» (39) a aquel, cuyos «camino son inescrutables!» (cf. Rom 11, 33). Y a la vez ¡cuan poderosa es la acción de la gracia en su alma, cuan penetrante es la influencia del Espíritu Santo, de su luz y de su fuerza!

Por medio de esta fe María está unida perfectamente a Cristo en su despojamiento. En efecto, «Cristo, ... siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres»; concretamente en el Gólgota «se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (cf. Flp 2, 5-8). A los pies de la Cruz María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de este despojamiento. Es ésta tal vez la más profunda «kénosis» de la fe en la historia de la humanidad. Por medio de la fe la Madre participa en la muerte del Hijo, en su muerte redentora; pero a diferencia de la de los discípulos que huían, era una fe mucho más iluminada. Jesús en el Gólgota, a través de la Cruz, ha confirmado definitivamente ser el «signo de contradicción», predicho por Simeón. Al mismo tiempo, se han cumplido las palabras dirigidas por él a María: «¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!».(40)

19. ¡Sí, verdaderamente «feliz la que ha creído»! Estas palabras, pronunciadas por Isabel después de la anunciación, aquí, a los pies de la Cruz, parecen resonar con una elocuencia suprema y se hace penetrante la fuerza contenida en ellas. Desde la Cruz, es decir, desde el interior mismo del misterio de la redención, se extiende el radio de acción y se dilata la perspectiva de aquella bendición de fe. Se remonta «hasta el comienzo» y, como participación en el sacrificio de Cristo, nuevo Adán, en cierto sentido, se convierte en el *contrapeso de la desobediencia y de la incredulidad* contenidas en el pecado de los primeros padres. Así enseñan los Padres de la Iglesia y, de modo especial, San Ireneo, citado por la Constitución *Lumen gentium*: «El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo *desató por la fe*».(41) A la luz de esta comparación con Eva los Padres — como recuerda todavía el Concilio — llaman a María «Madre de los vivientes» y afirman a menudo: a la muerte vino por Eva, por María la vida».(42)

Con razón, pues, en la expresión «feliz la que ha creído» podemos encontrar *como una clave* que nos abre a la realidad íntima de María, a la que el ángel ha saludado como «llena de gracia». Si como a llena de gracia» ha estado presente eternamente en el misterio de Cristo, por la fe se convertía en partícipe en toda la extensión de su itinerario terreno: «avanzó en la peregrinación de la fe» y al mismo tiempo, de modo discreto pero directo y eficaz, hacía presente a los hombres *el misterio de Cristo*. Y sigue haciéndolo todavía. Y por el misterio de Cristo está presente entre los hombres. Así, mediante el misterio del Hijo, se aclara también el misterio de la Madre.

3. Ahí tienes a tu madre

20. El evangelio de Lucas recoge el momento en el que «alzó la voz una mujer de entre la gente, y dijo, dirigiéndose a Jesús: «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!» (Lc 11, 27). Estas palabras constituían una alabanza para María como madre de Jesús, según la carne. La Madre de Jesús quizás no era conocida personalmente por esta mujer. En efecto, cuando Jesús comenzó su actividad mesiánica, María no le acompañaba y seguía permaneciendo en Nazaret. Se diría que las palabras de aquella mujer desconocida le hayan hecho salir, en cierto modo, de su escondimiento.

A través de aquellas palabras ha pasado rápidamente por la mente de la muchedumbre, al menos por un instante, el evangelio de la infancia de Jesús. Es el evangelio en que María está presente como la madre que

concibe a Jesús en su seno, le da a luz y le amamanta maternalmente: la madre-nodriz, a la que se refiere aquella mujer del pueblo. *Gracias a esta maternidad Jesús* —Hijo del Altísimo (cf. *Lc* 1, 32)— es un verdadero *hijo del hombre*. Es «carne», como todo hombre: es «el Verbo (que) se hizo carne» (cf. *Jn* 1, 14). Es carne y sangre de María.(43)

Pero a la bendición proclamada por aquella mujer respecto a su madre según la carne, Jesús responde de manera significativa: «Dichosos más bien *los que oyen la Palabra de Dios y la guardan*» (cf. *Lc* 11, 28). Quiere quitar la atención de la maternidad entendida sólo como un vínculo de la carne, para orientarla hacia aquel misterioso vínculo del espíritu, que se forma en la escucha y en la observancia de la palabra de Dios.

El mismo paso a la esfera de los valores espirituales se delinea aun más claramente en otra respuesta de Jesús, recogida por todos los Sinópticos. Al ser anunciado a Jesús que su «madre y sus hermanos están fuera y quieren verle», responde: «*Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen*» (cf. *Lc* 8, 20-21). Esto dijo «mirando en torno a los que estaban sentados en corro», como leemos en Marcos (3, 34) o, según Mateo (12, 49) «extendiendo su mano hacia sus discípulos».

Estas expresiones parecen estar en la línea de lo que *Jesús, a la edad de doce años*, respondió a María y a José, al ser encontrado después de tres días en el templo de Jerusalén.

Así pues, cuando Jesús se marchó de Nazaret y dio comienzo a su vida pública en Palestina, ya *estaba completa y exclusivamente «ocupado en las cosas del Padre»* (cf. *Lc* 2, 49). Anunciaba el Reino: «Reino de Dios» y «cosas del Padre», que dan también una dimensión nueva y un sentido nuevo a todo lo que es humano y, por tanto, a toda relación humana, respecto a las finalidades y tareas asignadas a cada hombre. En esta dimensión nueva un vínculo, como el de la «fraternidad», significa también una cosa distinta de la «fraternidad según la carne», que deriva del origen común de los mismos padres. Y aun la «maternidad», *en la dimensión del reino de Dios, en la esfera de la paternidad de Dios mismo, adquiere un significado diverso*. Con las palabras recogidas por Lucas Jesús enseña precisamente este nuevo sentido de la maternidad.

¿Se aleja con esto de la que ha sido su madre según la carne? ¿Quiere tal vez dejarla en la sombra del escondimiento, que ella misma ha elegido? Si así puede parecer en base al significado de aquellas palabras, se debe constatar, sin embargo, que la maternidad nueva y distinta, de la que Jesús habla a sus discípulos, concierne concretamente a María de un modo especialísimo. ¿No es tal vez María *la primera entre «aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen»*? Y por consiguiente ¿no se refiere sobre todo a ella aquella bendición pronunciada por Jesús en respuesta a las palabras de la mujer anónima? Sin lugar a dudas, María es digna de bendición por el hecho de haber sido para Jesús Madre según la carne («¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!»), pero también y sobre todo porque ya en el instante de la anunciación ha acogido la palabra de Dios, porque ha creído, *porque fue obediente a Dios*, porque «guardaba» la palabra y «la conservaba cuidadosamente en su corazón» (cf. *Lc* 1, 38.45; 2, 19. 51) y la cumplía totalmente en su vida. Podemos afirmar, por lo tanto, que el elogio pronunciado por Jesús no se contrapone, a pesar de las apariencias, al formulado por la mujer desconocida, sino que viene a coincidir con ella en la persona de esta Madre-Virgen, que se ha llamado solamente «esclava del Señor» (*Lc* 1, 38). Sies cierto que «todas las generaciones la llamarán bienaventurada» (cf. *Lc* 1, 48), se puede decir que aquella mujer anónima ha sido la primera en confirmar inconscientemente aquel versículo profético del *Magnificat* de María y dar comienzo al *Magnificat* de los siglos.

Si por medio de la fe María se ha convertido en la Madre del Hijo que le ha sido dado por el Padre con el poder del Espíritu Santo, conservando íntegra su virginidad, en la misma fe *ha descubierto y acogido la otra dimensión de la maternidad*, revelada por Jesús durante su misión mesiánica. Se puede afirmar que esta dimensión de la maternidad pertenece a María desde el comienzo, o sea desde el momento de la concepción y del nacimiento del Hijo. Desde entonces era «la que ha creído». A medida que se esclarecía ante sus ojos y ante su espíritu la misión del Hijo, ella misma como Madre *se abría cada vez más a aquella «novedad» de la maternidad*, que debía constituir su «papel» junto al Hijo. ¿No había dicho desde el comienzo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»? (*Lc* 1, 38). Por medio de la fe María seguía oyendo y

meditando aquella palabra, en la que se hacía cada vez más transparente, de un modo «que excede todo conocimiento» (Ef 3, 19), la autorrevelación del Dios viviente. María madre se convertía así, *en cierto sentido, en la primera «discípula» de su Hijo*, la primera a la cual parecía decir: «Sígueme» antes aún de dirigir esa llamada a los apóstoles o a cualquier otra persona (cf. Jn 1, 43).

21. Bajo este punto de vista, es particularmente significativo el texto del *Evangelio de Juan*, que nos presenta a María en las bodas de Caná. María aparece allí como Madre de Jesús al comienzo de su vida pública: «Se celebraba una *boda en Caná de Galilea* y estaba allí la Madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos (Jn 2, 1-2). Según el texto resultaría que Jesús y sus discípulos fueron invitados junto con María, dada su presencia en aquella fiesta: el Hijo parece que fue invitado en razón de la madre. Es conocida la continuación de los acontecimientos concatenados con aquella invitación, aquel «comienzo de las señales» hechas por Jesús —el agua convertida en vino—, que hace decir al evangelista: Jesús «manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos» (Jn 2, 11).

María está presente en Caná de Galilea como *Madre de Jesús*, y de modo significativo *contribuye* a aquel «comienzo de las señales», que revelan el poder mesiánico de su Hijo. He aquí que: «como faltaba vino, le dice a Jesús su Madre: "no tienen vino". Jesús le responde: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora» (Jn 2, 3-4). En el Evangelio de Juan aquella «hora» significa el momento determinado por el Padre, en el que el Hijo realiza su obra y debe ser glorificado (cf. Jn 7, 30; 8, 20; 12, 23. 27; 13, 1; 17, 1; 19, 27). Aunque la respuesta de Jesús a su madre parezca como un rechazo (sobre todo si se mira, más que a la pregunta, a aquella decidida afirmación: «Todavía no ha llegado mi hora»), a pesar de esto María se dirige a los criados y les dice: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5). Entonces Jesús ordena a los criados llenar de agua las tinajas, y el agua se convierte en vino, mejor del que se había servido antes a los invitados al banquete nupcial.

¿Qué entendimiento profundo se ha dado entre Jesús y su Madre? ¿Cómo explorar el misterio de su íntima unión espiritual? De todos modos el hecho es elocuente. Es evidente que en aquel hecho se delinea ya con bastante claridad *la nueva dimensión*, el nuevo sentido *de la maternidad de María*. Tiene un significado que no está contenido exclusivamente en las palabras de Jesús y en los diferentes episodios citados por los Sinópticos (Lc 11, 27-28; 8, 19-21; Mt 12, 46-50; Mc 3, 31-35). En estos textos Jesús intenta contraponer sobre todo la maternidad, resultante del hecho mismo del nacimiento, a lo que esta «maternidad» (al igual que la «fraternidad») debe ser en la dimensión del Reino de Dios, en el campo salvífico de la paternidad de Dios. En el texto joánico, por el contrario, se delinea en la descripción del hecho de Caná lo que concretamente se manifiesta como nueva maternidad según el espíritu y no únicamente según la carne, o sea *la solicitud de María por los hombres*, el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades. En Caná de Galilea se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana, aparentemente pequeño y de poca importancia («No tienen vino»). Pero esto tiene un valor simbólico. El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente, se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. *Se pone «en medio», o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre*, consciente de que como tal puede —más bien «tiene el derecho de»— hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María «intercede» por los hombres. No sólo: como Madre desea también *que se manifieste el poder mesiánico del Hijo*, es decir su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida. Precisamente como había predicho del Mesías el Profeta Isaías en el conocido texto, al que Jesús se ha referido ante sus conciudadanos de Nazaret «Para anunciar a los pobres la Buena Nueva, para proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos ...» (cf. Lc 4, 18).

Otro elemento esencial de esta función materna de María se encuentra en las palabras dirigidas a los criados: «Haced lo que él os diga». *La Madre de Cristo* se presenta ante los hombres como *portavoz de la voluntad del Hijo*, indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías. En Caná, merced a la intercesión de María y a la obediencia de los criados, Jesús da comienzo a «su hora». En Caná María aparece como *la que cree en Jesús*; su fe provoca la primera «señal» y

contribuye a suscitar la fe de los discípulos.

22. Podemos decir, por tanto, que en esta página del Evangelio de Juan encontramos como un primer indicio de la verdad sobre la solicitud materna de María. Esta verdad ha encontrado su expresión *en el magisterio del último Concilio*. Es importante señalar cómo la función materna de María es ilustrada en su relación con la mediación de Cristo. En efecto, leemos lo siguiente: «La misión maternal de María hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia», porque «hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también» (1 *Tm*2, 5). Esta función materna brota, según el beneplácito de Dios, «de la superabundancia de los méritos de Cristo... de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud».(44) Y precisamente en este sentido el hecho de Caná de Galilea, nos ofrece *como una predicción de la mediación de María*, orientada plenamente hacia Cristo y encaminada a la revelación de su poder salvífico.

Por el texto joánico parece que se trata de una mediación maternal. Como proclama el Concilio: María «es nuestra Madre en el orden de la gracia». Esta maternidad en el orden de la gracia ha surgido de su misma maternidad divina, porque siendo, por disposición de la divina providencia, madre-nodriz del divino Redentor se ha convertido de «forma singular en la generosa colaboradora entre todas las creaturas y la humilde esclava del Señor» y que «cooperó ... por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas».(45) «Y esta *maternidad de María* perdura sin cesar *en la economía de la gracia* ... hasta la consumación de todos los elegidos».(46)

23. Si el pasaje del Evangelio de Juan sobre el hecho de Caná presenta la maternidad solícita de María al comienzo de la actividad mesiánica de Cristo, otro pasaje del mismo Evangelio confirma esta maternidad de María en la economía salvífica de la gracia en su momento culminante, es decir cuando se realiza el sacrificio de la Cruz de Cristo, su misterio pascual. La descripción de Juan es concisa: «*Junto a la cruz de Jesús estaban su Madre y la hermana de su madre. María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo*». Luego dice al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (*Jn* 19, 25-27).

Sin lugar a dudas se percibe en este hecho una expresión de la particular atención del Hijo por la Madre, que dejaba con tan grande dolor. Sin embargo, sobre el significado de esta atención el «testamento de la Cruz» de Cristo dice aún más. Jesús ponía en evidencia un nuevo vínculo entre Madre e Hijo, del que confirma solemnemente toda la verdad y realidad. Se puede decir que, si la maternidad de María respecto de los hombres ya había sido delineada precedentemente, ahora es precisada y establecida claramente; ella *emerge* de la definitiva maduración *del misterio pascual del Redentor*. La Madre de Cristo, encontrándose en el campo directo de este misterio que abarca al hombre —a cada uno y a todos—, es entregada al hombre —a cada uno y a todos— como madre. Este hombre junto a la cruz es Juan, «el discípulo que él amaba».(47) Pero no está él solo. Siguiendo la tradición, el Concilio no duda en llamar a María «*Madre de Cristo, madre de los hombres*». Pues, está «unida en la estirpe de Adán con todos los hombres...; más aún, es verdaderamente madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles».(48)

Por consiguiente, esta «nueva maternidad de María», engendrada por la fe, es *fruto del «nuevo» amor*, que maduró en ella definitivamente junto a la Cruz, por medio de su participación en el amor redentor del Hijo.

24. Nos encontramos así en el centro mismo del cumplimiento de la promesa, contenida en el protoevangelio: el «linaje de la mujer pisará la cabeza de la serpiente» (cf. *Gén* 3, 15). Jesucristo, en efecto, con su muerte redentora vence el mal del pecado y de la muerte en sus mismas raíces. Es significativo que, al dirigirse a la madre desde lo alto de la Cruz, la llame «mujer» y le diga: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Con la misma palabra, por otra parte, se había dirigido a ella en Caná (cf. *Jn* 2, 4). ¿Cómo dudar que especialmente ahora, en el Gólgota, esta frase no se refiera en profundidad al misterio de María, alcanzando el singular *lugar que ella ocupa en toda la economía de la salvación*? Como enseña el Concilio, con María, «*excelsa Hija de Sión*, tras larga espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva

economía, cuando el Hijo de Dios asumió de ella la naturaleza humana para librar al hombre del pecado mediante los misterios de su carne».(49)

Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la Cruz significan que *la maternidad* de su madre encuentra una «nueva» continuación *en la Iglesia y a través de la Iglesia*, simbolizada y representada por Juan. De este modo, la que como «llena de gracia» ha sido introducida en el misterio de Cristo para ser su Madre, es decir, la Santa Madre de Dios, por medio de la Iglesia permanece en aquel misterio *como «la mujer»* indicada por el libro del *Génesis* (3, 15) al comienzo y por el *Apocalipsis* (12, 1) al final de la historia de la salvación. Según el eterno designio de la Providencia la maternidad divina de María debe derramarse sobre la Iglesia, como indican algunas afirmaciones de la Tradición para las cuales la «maternidad» de María respecto de la Iglesia es el reflejo y la prolongación de su maternidad respecto del Hijo de Dios.(50)

Ya el momento mismo del nacimiento de la Iglesia y de su plena manifestación al mundo, según el Concilio, deja entrever esta continuidad de la maternidad de María: «Como quiera que plugo a Dios no manifestar solemnemente el sacramento de la salvación humana antes de derramar el Espíritu prometido por Cristo, vemos a los *apóstoles* antes del día de Pentecostés "perseverar unánimemente *en la oración*, con las mujeres y *María la Madre de Jesús* y los hermanos de Este" (Hch 1, 14); y a María implorando con sus ruegos el don del Espíritu Santo, quien ya la había cubierto con su sombra en la anunciación».(51)

Por consiguiente, en la economía de la gracia, actuada bajo la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: *María en Nazaret* y *María en el cenáculo de Jerusalén*. En ambos casos su presencia discreta, pero esencial, indica el camino del «nacimiento del Espíritu». Así la que está presente en el misterio de Cristo como Madre, se hace —por voluntad del Hijo y por obra del Espíritu Santo— presente en el misterio de la Iglesia. También en la Iglesia sigue siendo *una presencia materna*, como indican las palabras pronunciadas en la Cruz: «Mujer, ahí tienes a tu hijo»; «Ahí tienes a tu madre».

II PARTE

LA MADRE DE DIOS EN EL CENTRO DE LA IGLESIA PEREGRINA

1. La Iglesia, Pueblo de Dios radicado en todas las naciones de la tierra

25. «La Iglesia, "va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios",(52) anunciando la cruz y la muerte del Señor, hasta que El venga (cf. 1 *Co* 11, 26)».(53) «Así como el pueblo de Israel según la carne, el peregrino del desierto, es llamado alguna vez Iglesia de Dios (cf. 2 *Esd* 13, 1; *Núm* 20, 4; *Dt* 23, 1 ss.), así el nuevo Israel... se llama Iglesia de Cristo (cf. *Mt* 16, 18), porque El la adquirió con su sangre (cf. *Hch* 20, 28), la llenó de su Espíritu y la proveyó de medios aptos para una unión visible y social. La congregación *de todos los creyentes que miran a Jesús* como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz, es la Iglesia convocada y constituida por Dios para que sea sacramento visible de esta unidad salutífera para todos y cada uno».(54)

El Concilio Vaticano II habla de la Iglesia en camino, estableciendo una analogía con el Israel de la Antigua Alianza en camino a través del desierto. El camino posee un *carácter* incluso *exterior*, visible en el tiempo y en el espacio, en el que se desarrolla históricamente. La Iglesia, en efecto, debe «extenderse por toda la tierra», y por esto «entra en la historia humana rebasando todos los límites de tiempo y de lugares».(55) Sin embargo, el *carácter* esencial de su camino es *interior*. Se trata de una *peregrinación a través de la fe*, por «la fuerza del Señor Resucitado»,(56) de una peregrinación en el Espíritu Santo, dado a la Iglesia como invisible Consolador (*parákletos*) (cf. *Jn* 14, 26; 15, 26; 16, 7): «Caminando, pues, la Iglesia a través de los peligros y de tribulaciones, de tal forma se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios que el Señor le prometió ... y no deja de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu Santo hasta que por la cruz llegue a

la luz sin ocaso».(57)

Precisamente *en este camino —peregrinación eclesial—* a través del espacio y del tiempo, y más aún a través de la historia de las almas, *María está presente*, como la que es «feliz porque ha creído», como la que avanzaba «en la peregrinación de la fe», participando como ninguna otra criatura en el misterio de Cristo. Añade el Concilio que «María ... habiendo entrado íntimamente en la historia de la salvación, en cierta manera en sí une y refleja las más grandes exigencias de la fe».(58) Entre todos los creyentes es *como un «espejo»*, donde se reflejan del modo más profundo y claro «las maravillas de Dios» (*Hch 2, 11*).

26. La Iglesia, edificada por Cristo sobre los apóstoles, se hace plenamente consciente de estas grandes obras de Dios *el día de Pentecostés*, cuando los reunidos en el cenáculo «quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse» (*Hch 2, 4*). Desde aquel momento *inicia* también aquel camino de fe, *la peregrinación de la Iglesia* a través de la historia de los hombres y de los pueblos. Se sabe que al comienzo de este camino está presente María, que vemos en medio de los apóstoles en el cenáculo «implorando con sus ruegos el don del Espíritu».(59)

Su camino de fe es, en cierto modo, más largo. El Espíritu Santo ya ha descendido a ella, que se ha convertido en su esposa fiel *en la anunciación*, acogiendo al Verbo de Dios verdadero, prestando «el homenaje del entendimiento y de la voluntad, y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por El», más aún abandonándose plenamente en Dios por medio de «la obediencia de la fe».(60) por la que respondió al ángel: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». El camino de fe de María, a la que vemos orando en el cenáculo, es por lo tanto «más largo» que el de los demás reunidos allí: María les «precede», «marcha delante de» ellos.(61) *El momento de Pentecostés* en Jerusalén ha sido preparado, además de la Cruz, por el *momento de la Anunciación* en Nazaret. En el cenáculo el itinerario de María se encuentra con el camino de la fe de la Iglesia ¿De qué manera?

Entre los que en el cenáculo eran asiduos en la oración, preparándose para ir «por todo el mundo» después de haber recibido el Espíritu Santo, algunos *habían sido llamados por Jesús* sucesivamente desde el inicio de su misión en Israel. Once de ellos *habían sido constituidos apóstoles*, y a ellos Jesús había transmitido la misión que él mismo había recibido del Padre: «Como el Padre me envió, también yo os envió» (*Jn 20, 21*), había dicho a los apóstoles después de la resurrección. Y cuarenta días más tarde, antes de volver al Padre, había añadido: cuando «el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros ... *seréis mis testigos...* hasta los confines de la tierra» (cf. *Hch 1, 8*). Esta misión de los apóstoles comienza en el momento de su salida del cenáculo de Jerusalén. La Iglesia nace y crece entonces por medio del testimonio que Pedro y los demás apóstoles dan de Cristo crucificado y resucitado (cf. *Hch 2, 31-34; 3, 15-18; 4, 10-12; 5, 30-32*).

María no ha recibido directamente esta misión apostólica. No se encontraba entre los que Jesús envió «por todo el mundo para enseñar a todas las gentes» (cf. *Mt 28, 19*), cuando les confirió esta misión. Estaba, en cambio, en el cenáculo, donde los apóstoles se preparaban a asumir esta misión con la venida del Espíritu de la Verdad: estaba con ellos. En medio de ellos María «perseveraba en la oración» como «madre de Jesús» (*Hch 1, 13-14*), o sea de Cristo crucificado y resucitado. Y aquel primer núcleo de quienes en la fe miraban «a Jesús como autor de la salvación»,(62) era consciente de que Jesús era el Hijo de María, y que ella era su madre, y como tal era, desde el momento de la concepción y del nacimiento, *un testigo singular del misterio de Jesús*, de aquel misterio que ante sus ojos se había manifestado y confirmado con la Cruz y la resurrección. La Iglesia, por tanto, desde el primer momento, «miró» a María, a través de Jesús, como «miró» a Jesús a través de María. Ella fue para la Iglesia de entonces y de siempre un testigo singular de los años de la infancia de Jesús y de su vida oculta en Nazaret, cuando «*conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón*» (*Lc 2, 19; cf. Lc 2, 51*).

Pero en la Iglesia de entonces y de siempre María ha sido y es sobre todo la que es «feliz porque ha creído»: *ha sido la primera en creer*. Desde el momento de la anunciación y de la concepción, desde el momento del nacimiento en la cueva de Belén, María siguió paso tras paso a Jesús en su maternal peregrinación de fe. Lo siguió a través de los años de su vida oculta en Nazaret; lo siguió también en el período de la separación externa, cuando él comenzó a «hacer y enseñar» (cf. *Hch 1, 1*) en Israel; lo siguió sobre todo en la

experiencia trágica del Gólgota. Mientras María se encontraba con los apóstoles en el cenáculo de Jerusalén en los albores de la Iglesia, se confirmaba *su fe, nacida de las palabras* de la anunciación. El ángel le había dicho entonces: «Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande.. reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (Lc 1, 32-33). Los recientes acontecimientos del Calvario habían cubierto de tinieblas aquella promesa; y ni siquiera bajo la Cruz había disminuido la fe de María. Ella también, como Abraham, había sido la que «esperando contra toda esperanza, creyó» (Rom 4, 18). Y he aquí que, después de la resurrección, la esperanza había descubierto su verdadero rostro y *la promesa había comenzado a transformarse en realidad*. En efecto, Jesús, antes de volver al Padre, había dicho a los apóstoles: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes ... Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19.20). Así había hablado el que, con su resurrección, se reveló como el triunfador de la muerte, como el señor del reino que «no tendrá fin», conforme al anuncio del ángel.

27. Ya en los albores de la Iglesia, al comienzo del largo camino por medio de la fe que comenzaba con Pentecostés en Jerusalén, María estaba con todos los que constituían el germen del «nuevo Israel». Estaba presente en medio de ellos como un testigo excepcional del misterio de Cristo. Y la Iglesia perseveraba constante en la oración junto a ella y, al mismo tiempo, *«la contemplaba a la luz del Verbo hecho hombre»*. Así sería siempre. En efecto, cuando la Iglesia «entra más profundamente en el sumo misterio de la Encarnación», piensa en la Madre de Cristo con profunda veneración y piedad.(63) María pertenece indisolublemente al misterio de Cristo y pertenece además al misterio de la Iglesia desde el comienzo, desde el día de su nacimiento. En la base de lo que la Iglesia es desde el comienzo, de lo que debe ser constantemente, a través de las generaciones, en medio de todas las naciones de la tierra, se encuentra la que «ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor» (Lc 1, 45). Precisamente esta fe de María, que señala el comienzo de la nueva y eterna Alianza de Dios con la humanidad en Jesucristo, esta heroica *fe suya «precede» el testimonio* apostólico de la Iglesia, y permanece en el corazón de la Iglesia, escondida como un especial patrimonio de la revelación de Dios. Todos aquellos que, a lo largo de las generaciones, aceptando el testimonio apostólico de la Iglesia participan de aquella misteriosa herencia, *en cierto sentido, participan de la fe de María*.

Las palabras de Isabel «feliz la que ha creído» siguen acompañando a María incluso en Pentecostés, la siguen a través de las generaciones, allí donde se extiende, por medio del testimonio apostólico y del servicio de la Iglesia, el conocimiento del misterio salvífico de Cristo. De este modo se cumple la profecía del *Magnificat: «Me felicitarán todas las generaciones*, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo» (Lc 1, 48-49). En efecto, al conocimiento del misterio de Cristo sigue la bendición de su Madre bajo forma de especial veneración para la *Theotókos*. Pero en esa veneración está incluida siempre la bendición de su fe. Porque la Virgen de Nazaret ha llegado a ser bienaventurada por medio de esta fe, de acuerdo con las palabras de Isabel. Los que a través de los siglos, de entre los diversos pueblos y naciones de la tierra, acogen con fe el misterio de Cristo, Verbo encarnado y Redentor del mundo, no sólo se dirigen con veneración y recurren con confianza a María como a su Madre, sino que *buscan en su fe el sostén para la propia fe*. Y precisamente esta participación viva de la fe de María decide su presencia especial en la peregrinación de la Iglesia como nuevo Pueblo de Dios en la tierra.

28. Como afirma el Concilio: «María ... habiendo entrado íntimamente en la historia de la salvación ... mientras es predicada y honrada atrae a los creyentes hacia su Hijo y su sacrificio, y hacia el amor del Padre».(64) Por lo tanto, en cierto modo la fe de María, sobre la base del testimonio apostólico de la Iglesia, se convierte sin cesar en la fe del pueblo de Dios en camino: de las personas y comunidades, de los ambientes y asambleas, y finalmente de los diversos grupos existentes en la Iglesia. Es una fe que se transmite al mismo tiempo mediante el conocimiento y el corazón. Se adquiere o se vuelve a adquirir constantemente mediante la oración. Por tanto «también en su obra apostólica *con razón la Iglesia mira hacia aquella que engendró a Cristo*, concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen, precisamente para que por la Iglesia nazca y crezca también en los corazones de los fieles».(65)

Ahora, cuando en esta peregrinación de la fe nos acercamos al final del segundo Milenio cristiano, la Iglesia, mediante el magisterio del Concilio Vaticano II, llama la atención sobre lo que ve en sí misma. como un

«único Pueblo de Dios ... radicado en todas las naciones de la tierra», y sobre la verdad según la cual todos los fieles, aunque a esparcidos por el haz de la tierra comunican en el Espíritu Santo con los demás»,(66) de suerte que se puede decir que en esta unión se realiza constantemente el misterio de Pentecostés. Al mismo tiempo, los apóstoles y los discípulos del Señor, en todas las naciones de la tierra «perseveran en la oración en compañía de María, la madre de Jesús» (cf. *Hch* 1, 14). Constituyendo a través de las generaciones «el signo del Reino» que no es de este mundo,(67) ellos son asimismo conscientes de que en medio de este mundo *tienen que reunirse con aquel Rey*, al que han sido dados en herencia los pueblos (*Sal* 2, 8), al que el Padre ha dado «el trono de David su padre», por lo cual «reina sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin».

En este tiempo de vela María, por medio de la misma fe que la hizo bienaventurada especialmente desde el momento de la anunciación, está *presente* en la misión y en la obra de la Iglesia que introduce en el mundo *el Reino de su Hijo*.(68) Esta presencia de María encuentra múltiples medios de expresión en nuestros días al igual que a lo largo de la historia de la Iglesia. Posee también un amplio radio de acción; por medio de la fe y la piedad de los fieles, por medio de las tradiciones de las familias cristianas o «iglesias domésticas», de las comunidades parroquiales y misioneras, de los institutos religiosos, de las diócesis, por medio de la fuerza atractiva e irradiadora de los grandes santuarios, en los que no sólo los individuos o grupos locales, sino a veces naciones enteras y continentes, buscan el encuentro con la Madre del Señor, con la que es bienaventurada porque ha creído; es la primera entre los creyentes y por esto se ha convertido en Madre del Emmanuel. Este es el mensaje de la tierra de Palestina, patria espiritual de todos los cristianos, al ser patria del Salvador del mundo y de su Madre. Este es el mensaje de tantos templos que en Roma y en el mundo entero la fe cristiana ha levantado a lo largo de los siglos. Este es el mensaje de los centros como Guadalupe, Lourdes, Fátima y de los otros diseminados en las distintas naciones, entre los que no puedo dejar de citar el de mi tierra natal Jasna Gora. Tal vez se podría hablar de una específica a «geografía» de la fe y de la piedad mariana, que abarca todos estos lugares de especial peregrinación del Pueblo de Dios, el cual busca el encuentro con la Madre de Dios para hallar, en el ámbito de la materna presencia de «la que ha creído», la consolidación de la propia fe. En efecto, *en la fe de María*, ya en la anunciación y definitivamente junto a la Cruz, se ha vuelto a abrir por parte del hombre aquel *espacio interior* en el cual el eterno Padre puede colmarnos «con toda clase de bendiciones espirituales»: el espacio «de la nueva y eterna Alianza».(69) Este espacio subsiste en la Iglesia, que es en Cristo como «un sacramento ... de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano».(70)

En la fe, que María profesó en la Anunciación como «esclava del Señor» y en la que sin cesar «precede» al «Pueblo de Dios» en camino por toda la tierra, *la Iglesia «tiende eficaz y constantemente a recapitular la Humanidad entera ... bajo Cristo como Cabeza*, en la unidad de su Espíritu».(71)

2. El camino de la Iglesia y la unidad de todos los cristianos

29. «El Espíritu promueve en todos los discípulos de Cristo el deseo y la colaboración *para que todos se unan* en paz, en un rebaño y *bajo un solo pastor*, como Cristo determinó».(72) El camino de la Iglesia, de modo especial en nuestra época, está marcado por el signo del ecumenismo; los cristianos buscan las vías para reconstruir la unidad, por la que Cristo invocaba al Padre por sus discípulos el día antes de la pasión: «*para que todos sean uno*. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo *crea que tú me has enviado*» (*Jn* 17, 21). Por consiguiente, la unidad de los discípulos de Cristo es un gran signo para suscitar la fe del mundo, mientras su división constituye un escándalo.(73)

El movimiento ecuménico, sobre la base de una conciencia más lúcida y difundida de la urgencia de llegar a la unidad de todos los cristianos, ha encontrado por parte de la Iglesia católica su expresión culminante en el Concilio Vaticano II. Es necesario que los cristianos profundicen en sí mismos y en cada una de sus comunidades aquella «obediencia de la fe», de la que María es el primer y más claro ejemplo. Y dado que «antecede con su luz al pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y consuelo», ofrece gran gozo y consuelo para este sacrosanto Concilio el hecho de que tampoco falten *entre los hermanos separados* quienes tributan debido honor a la Madre del Señor y Salvador, especialmente entre los

Orientales».(74)

30. Los cristianos saben que su unidad se conseguirá verdaderamente sólo si se funda en la unidad de su fe. Ellos deben resolver discrepancias de doctrina no leves sobre el misterio y ministerio de la Iglesia, y a veces también sobre la función de María en la obra de la salvación.(75) Los diferentes coloquios, tenidos por la Iglesia católica con las Iglesias y las Comunidades eclesiales de Occidente,(76) convergen cada vez más sobre estos *dos aspectos inseparables* del mismo misterio de la salvación. Si el misterio del Verbo encarnado nos permite vislumbrar el misterio de la maternidad divina y si, a su vez, la contemplación de la Madre de Dios nos introduce en una comprensión más profunda del misterio de la Encarnación, lo mismo se debe decir del misterio de la Iglesia y de la función de María en la obra de la salvación. Profundizando en uno y otro, iluminando el uno por medio del otro, los cristianos deseosos de hacer —como les recomienda su Madre— lo que Jesús les diga (cf. *Jn 2, 5*), podrán caminar juntos en aquella «peregrinación de la fe», de la que María es todavía ejemplo y que debe guiarlos a la unidad querida por su único Señor y tan deseada por quienes están atentamente a la escucha de lo que hoy «el Espíritu dice a las Iglesias» (*Ap 2, 7. 11. 17*).

Entre tanto es un buen auspicio que estas Iglesias y Comunidades eclesiales concuerden con la Iglesia católica en puntos fundamentales de la fe cristiana, incluso en lo concerniente a la Virgen María. En efecto, la reconocen como Madre del Señor y consideran que esto forma parte de nuestra fe en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Estas Comunidades miran a María que, a los pies de la Cruz, acoge como hijo suyo al discípulo amado, el cual a su vez la recibe como madre.

¿Por qué, pues, no mirar hacia ella todos juntos como a *nuestra Madre común*, que reza por la unidad de la familia de Dios y que «precede» a todos al frente del largo séquito de los testigos de la fe en el único Señor, el Hijo de Dios, concebido en su seno virginal por obra del Espíritu Santo?

31. Por otra parte, deseo subrayar cuan profundamente unidas se sienten la Iglesia católica, la Iglesia ortodoxa y las antiguas Iglesias orientales por el amor y por la alabanza a la *Theotókos*. No sólo «los dogmas fundamentales de la fe cristiana: los de la Trinidad y del Verbo encarnado en María Virgen han sido definidos en concilios ecuménicos celebrados en Oriente»,(77) sino también en su culto litúrgico «los Orientales ensalzan con himnos espléndidos a María siempre Virgen ... y Madre Santísima de Dios».(78)

Los hermanos de estas Iglesias han conocido vicisitudes complejas, pero su historia siempre ha transcurrido con un vivo deseo de compromiso cristiano y de irradiación apostólica, aunque a menudo haya estado marcada por persecuciones incluso cruentas. Es una historia de fidelidad al Señor, una auténtica «peregrinación de la fe» a través de lugares y tiempos durante los cuales los cristianos orientales han mirado siempre con confianza ilimitada a la Madre del Señor, la han celebrado con encomio y la han invocado con oraciones incesantes. En los momentos difíciles de la probada existencia cristiana «ellos se refugiaron bajo su protección»,(79) conscientes de tener en ella una ayuda poderosa. Las Iglesias que profesan la doctrina de Éfeso proclaman a la Virgen «verdadera Madre de Dios», ya que a nuestro Señor Jesucristo, nacido del Padre antes de los siglos según la divinidad, en los últimos tiempos, por nosotros y por nuestra salvación, fue engendrado por María Virgen Madre de Dios según la carne».(80) Los Padres griegos y la tradición bizantina, contemplando la Virgen a la luz del Verbo hecho hombre, han tratado de penetrar en la profundidad de aquel vínculo que une a María, como Madre de Dios, con Cristo y la Iglesia: la Virgen es una presencia permanente en toda la extensión del misterio salvífico.

Las tradiciones coptas y etiópicas han sido introducidas en esta contemplación del misterio de María por san Cirilo de Alejandría y, a su vez, la han celebrado con abundante producción poética.(81) El genio poético de san Efrén el Sirio, llamado «la cítara del Espíritu Santo», ha cantado incansablemente a María, dejando una impronta todavía presente en toda la tradición de la Iglesia siríaca.(82) En su panegírico sobre la *Theotókos*, san Gregorio de Narek, una de las glorias más brillantes de Armenia, con fuerte inspiración poética, profundiza en los diversos aspectos del misterio de la Encarnación, y cada uno de los mismos es para él ocasión de cantar y exaltar la dignidad extraordinaria y la magnífica belleza de la Virgen María, Madre del Verbo encarnado.(83)

No sorprende, pues, que María ocupe un lugar privilegiado en el culto de las antiguas Iglesias orientales con una abundancia incomparable de fiestas y de himnos.

32. En la liturgia bizantina, en todas las horas del Oficio divino, la alabanza a la Madre está unida a la alabanza al Hijo y a la que, por medio del Hijo, se eleva al Padre en el Espíritu Santo. En la anáfora o plegaria eucarística de san Juan Crisóstomo, después de la epiclesis, la comunidad reunida canta así a la Madre de Dios: «Es verdaderamente justo proclamarte bienaventurada, oh Madre de Dios, porque eres la muy bienaventurada) toda pura y Madre de nuestro Dios. Te ensalzamos, porque eres más venerable que los querubines e incomparablemente más gloriosa que los serafines. Tú, que sin perder tu virginidad, has dado al mundo el Verbo de Dios. Tú, que eres verdaderamente la Madre de Dios».

Estas alabanzas, que en cada celebración de la liturgia eucarística se elevan a María, han forjado la fe, la piedad y la oración de los fieles. A lo largo de los siglos han conformado todo el comportamiento espiritual de los fieles, suscitando en ellos una devoción profunda hacia la «Toda Santa Madre de Dios».

33. Se conmemora este año el XII centenario del II Concilio ecuménico de Nicea (a. 787), en el que, al final de la conocida controversia sobre el culto de las sagradas imágenes, fue definido que, según la enseñanza de los santos Padres y la tradición universal de la Iglesia, se podían proponer a la veneración de los fieles, junto con la Cruz, también las imágenes de la Madre de Dios, de los Ángeles y de los Santos, tanto en las iglesias como en las casas y en los caminos.(84) Esta costumbre se ha mantenido en todo el Oriente y también en Occidente. Las imágenes de la Virgen tienen un lugar de honor en las iglesias y en las casas. María está representada o como trono de Dios, que lleva al Señor y lo entrega a los hombres (*Theotókos*), o como camino que lleva a Cristo y lo muestra (*Odigitria*), o bien como orante en actitud de intercesión y signo de la presencia divina en el camino de los fieles hasta el día del Señor (*Deisis*), o como protectora que extiende su manto sobre los pueblos (*Pokrov*), o como misericordiosa Virgen de la ternura (*Eleousa*). La Virgen es representada habitualmente con su Hijo, el niño Jesús, que lleva en brazos: es la relación con el Hijo la que glorifica a la Madre. A veces lo abraza con ternura (*Glykofilousa*); otras veces, hierática, parece absorta en la contemplación de aquel que es Señor de la historia (cf. *Ap* 5, 9-14).(85)

Conviene recordar también el Icono de la Virgen de Vladimir que ha acompañado constantemente la peregrinación en la fe de los pueblos de la antigua Rus'. Se acerca el primer milenio de la conversión al cristianismo de aquellas nobles tierras: tierras de personas humildes, de pensadores y de santos. Los Iconos son venerados todavía en Ucrania, en Bielorusia y en Rusia con diversos títulos; son imágenes que atestiguan la fe y el espíritu de oración de aquel pueblo, el cual advierte la presencia y la protección de la Madre de Dios. En estos Iconos la Virgen resplandece como la imagen de la divina belleza, morada de la Sabiduría eterna, figura de la orante, prototipo de la contemplación, icono de la gloria: aquella que, desde su vida terrena, poseyendo la ciencia espiritual inaccesible a los razonamientos humanos, con la fe ha alcanzado el conocimiento más sublime. Recuerdo, también, el Icono de la Virgen del cenáculo, en oración con los apóstoles a la espera del Espíritu. ¿No podría ser ésta como un signo de esperanza para todos aquellos que, en el diálogo fraterno, quieren profundizar su obediencia de la fe?

34. Tanta riqueza de alabanzas, acumulada por las diversas manifestaciones de la gran tradición de la Iglesia, podría ayudarnos a que ésta vuelva a respirar plenamente con sus «dos pulmones», Oriente y Occidente. Como he dicho varias veces, esto es hoy más necesario que nunca. Sería una ayuda valiosa para hacer progresar el diálogo actual entre la Iglesia católica y las Iglesias y Comunidades eclesiales de Occidente.(86) Sería también, para la Iglesia en camino, la vía para cantar y vivir de manera más perfecta su *Magnificat*.

3. El Magnificat de la Iglesia en camino

35. La Iglesia, pues, en la presente fase de su camino, trata de buscar la unión de quienes profesan su fe en Cristo para manifestar la obediencia a su Señor que, antes de la pasión, ha rezado por esta unidad. La Iglesia «va peregrinando ..., anunciando la cruz del Señor hasta que venga».(87) «Caminando, pues, la Iglesia en

medio de tentaciones y tribulaciones, se ve confortada con el poder de la gracia de Dios, que le ha sido prometida para que no desfallezca de la fidelidad perfecta por la debilidad de la carne, antes al contrario, persevera como esposa digna de su Señor y, bajo la acción del Espíritu Santo, no cese de renovarse hasta que por la cruz llegue a aquella luz que no conoce ocaso».(88)

La Virgen Madre está constantemente presente en este camino de fe del Pueblo de Dios hacia la luz. Lo demuestra de modo especial *el cántico del Magnificat que, salido de la fe profunda de María* en la visitación, no deja de vibrar en el corazón de la Iglesia a través de los siglos. Lo prueba su recitación diaria en la liturgia de las Vísperas y en otros muchos momentos de devoción tanto personal como comunitaria.

«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. El hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia —como lo había prometido a nuestros padres— en favor de Abraham y su descendencia por siempre» (Lc 1, 46-55).

36. Cuando Isabel saludó a la joven pariente que llegaba de Nazaret, *María respondió con el Magnificat*. En el saludo Isabel había llamado antes a María «bendita» por «el fruto de su vientre», y luego «feliz» por su fe (cf. Lc 1, 42. 45). Estas dos bendiciones se referían directamente al momento de la anunciación. Después, en la visitación, cuando el saludo de Isabel da testimonio de aquel momento culminante, la fe de María adquiere una nueva conciencia y una nueva expresión. Lo que en el momento de la anunciación permanecía oculto en la profundidad de la «obediencia de la fe», se diría que ahora se manifiesta como una llama del espíritu clara y vivificante. Las palabras usadas por María en el umbral de la casa de Isabel constituyen *una inspirada profesión de su fe*, en la que *la respuesta a la palabra de la revelación* se expresa con la elevación espiritual y poética de todo su ser hacia Dios. En estas sublimes palabras, que son al mismo tiempo muy sencillas y totalmente inspiradas por los textos sagrados del pueblo de Israel,(89) se vislumbra la experiencia personal de María, el éxtasis de su corazón. Resplandece en ellas un rayo del misterio de Dios, la gloria de su inefable santidad, el eterno *amor que, como un don irrevocable, entra en la historia del hombre*.

María es la primera en participar de esta nueva revelación de Dios y, a través de ella, de esta nueva «autodonación» de Dios. Por esto proclama: «ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo». Sus palabras reflejan el gozo del espíritu, difícil de expresar: «se alegra mi espíritu en Dios mi salvador». Porque «la verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre ... resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación».(90) En su arrebatamiento María confiesa que se ha encontrado *en el centro mismo de esta plenitud* de Cristo. Es consciente de que en ella se realiza la promesa hecha a los padres y, ante todo, «en favor de Abraham y su descendencia por siempre»; que en ella, como madre de Cristo, converge *toda la economía salvífica*, en la que, «de generación en generación», se manifiesta aquel que, como Dios de la Alianza, se acuerda «de la misericordia».

37. La Iglesia, que desde el principio conforma su camino terreno con el de la Madre de Dios, siguiéndola repite constantemente las palabras del *Magnificat*. Desde la profundidad de la fe de la Virgen en la anunciación y en la visitación, la Iglesia llega a la verdad sobre el Dios de la Alianza, sobre Dios que es todopoderoso y hace «obras grandes» al hombre: «su nombre es santo». En el *Magnificat* la Iglesia encuentra vencido de raíz el pecado del comienzo de la historia terrena del hombre y de la mujer, el pecado de la incredulidad o de la «poca fe» en Dios. Contra la «sospecha» que el «padre de la mentira» ha hecho surgir en el corazón de Eva, la primera mujer, María, a la que la tradición suele llamar «nueva Eva» (91) y verdadera «madre de los vivientes» (92), proclama con fuerza la verdad *no ofuscada* sobre Dios: el Dios Santo y todopoderoso, que desde el comienzo es *la fuente de todo don*, aquel que «ha hecho obras grandes». Al crear, Dios da la existencia a toda la realidad. Creando al hombre, le da la dignidad de la imagen y semejanza con él de manera singular respecto a todas las criaturas terrenas. Y no deteniéndose en su voluntad de

prodigarse no obstante el pecado del hombre, *Dios se da en el Hijo*: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único» (Jn 3, 16). María es el primer testimonio de esta maravillosa verdad, que se realizará plenamente mediante lo que hizo y enseñó su Hijo (cf. Hch 1, 1) y, definitiva mente, mediante su Cruz y resurrección.

La Iglesia, que aun «en medio de tentaciones y tribulaciones» no cesa de repetir con María las palabras del *Magnificat*, «se ve confortada» con la fuerza de la verdad sobre Dios, proclamada entonces con tan extraordinaria sencillez y, al mismo tiempo, *con esta verdad sobre Dios desea iluminar* las difíciles y a veces intrincadas vías de la existencia terrena de los hombres. El camino de la Iglesia, pues, ya al final del segundo Milenio cristiano, implica un renovado empeño en su misión. La Iglesia, siguiendo a aquel que dijo de sí mismo: «(Dios) me ha enviado para anunciar a los pobres la Buena Nueva» (cf. Lc 4, 18), a través de las generaciones, ha tratado y trata hoy de cumplir la misma misión.

Su amor preferencial por los pobres está inscrito admirablemente en el *Magnificat* de María. El Dios de la Alianza, cantado por la Virgen de Nazaret en la elevación de su espíritu, es a la vez el que «derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos, ... dispersa a los soberbios ... y conserva su misericordia para los que le temen». María está profundamente impregnada del espíritu de los «pobres de Yahvé», que en la oración de los Salmos esperaban de Dios su salvación, poniendo en El toda su confianza (cf. Sal 25; 31; 35; 55). En cambio, ella proclama la venida del misterio de la salvación, la venida del «Mesías de los pobres» (cf. Is 11, 4; 61, 1). La Iglesia, acudiendo al corazón de María, a la profundidad de su fe, expresada en las palabras del *Magnificat*, renueva cada vez mejor en sí la conciencia de *queno se puede separar la verdad sobre Dios que salva*, sobre Dios que es fuente de todo don, *de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes*, que, cantado en el *Magnificat*, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús.

La Iglesia, por tanto, es consciente —y en nuestra época tal conciencia se refuerza de manera particular— de que no sólo no se pueden separar estos dos elementos del mensaje contenido en el *Magnificat*, sino que también se debe salvaguardar cuidadosamente la importancia que «los pobres» y «la opción en favor de los pobres» tienen en la palabra del Dios vivo. Se trata de temas y problemas orgánicamente relacionados con el *sentido cristiano de la libertad y de la liberación*. «Dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia El por el empuje de su fe, María, al lado de su Hijo, es *la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación* de la humanidad y del cosmos. La Iglesia debe mirar hacia ella, Madre y Modelo para comprender en su integridad el sentido de su misión».(93)

III PARTE

MEDIACIÓN MATERNA

1. María, Esclava del Señor

38. La Iglesia sabe y enseña con San Pablo que *uno solo es nuestro mediador*: «Hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos» (1 Tm 2, 5-6). «La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder» (94): es mediación en Cristo.

La Iglesia sabe y enseña que «todo *el influjo salvífico de la Santísima Virgen* sobre los hombres ... dimana del divino beneplácito y *de la superabundancia de los méritos de Cristo*; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta».(95) Este saludable influjo está mantenido por el Espíritu Santo, quien, igual que cubrió con su sombra a la Virgen María comenzando en ella la maternidad divina, mantiene así

continuamente su solicitud hacia los hermanos de su Hijo.

Efectivamente, la mediación de María *está íntimamente unida a su maternidad* y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también la suya una mediación participada.(96) En efecto, si «jamás podrá compararse criatura alguna con el Verbo encarnado y Redentor», al mismo tiempo «la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas *diversas clases de cooperación*, participada de la única fuente»; y así «la bondad de Dios se difunde de distintas maneras sobre las criaturas».(97)

La enseñanza del Concilio Vaticano II presenta la verdad sobre la mediación de María como una *participación de esta única fuente que es la mediación de Cristo mismo*. Leemos al respecto: «La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador».(98) Esta función es, al mismo tiempo, *especial y extraordinaria*. Brota de su maternidad divina y puede ser comprendida y vivida en la fe, solamente sobre la base de la plena verdad de esta maternidad. Siendo María, en virtud de la elección divina, la Madre del Hijo consubstancial al Padre y «compañera singularmente generosa» en la obra de la redención, es nuestra madre en el orden de la gracia».(99) Esta función constituye una dimensión real de su presencia en el misterio salvífico de Cristo y de la Iglesia.

39. Desde este punto de vista es necesario considerar una vez más el acontecimiento fundamental en la economía de la salvación, o sea la encarnación del Verbo en la anunciación. Es significativo que María, reconociendo en la palabra del mensajero divino la voluntad del Altísimo y sometándose a su poder, diga: «*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1, 3). El primer momento de la sumisión a la única mediación «entre Dios y los hombres» —la de Jesucristo— es la aceptación de la maternidad por parte de la Virgen de Nazaret. María da su consentimiento a la elección de Dios, para ser la Madre de su Hijo por obra del Espíritu Santo. Puede decirse que este *consentimiento suyo para la maternidad* es sobre todo *fruto de la donación total a Dios en la virginidad*. María aceptó la elección para Madre del Hijo de Dios, guiada por el amor esponsal, que «consagra» totalmente una persona humana a Dios. En virtud de este amor, María deseaba estar siempre y en todo «entregada a Dios», viviendo la virginidad. Las palabras «he aquí la esclava del Señor» expresan el hecho de que desde el principio ella acogió y entendió la propia maternidad como *donación total de sí*, de su persona, al servicio de los designios salvíficos del Altísimo. Y toda su participación materna en la vida de Jesucristo, su Hijo, la vivió hasta el final de acuerdo con su vocación a la virginidad.

La maternidad de María, impregnada profundamente por la actitud esponsal de «esclava del Señor», constituye la dimensión primera y fundamental de aquella mediación que la Iglesia confiesa y proclama respecto a ella,(100) y continuamente «recomienda a la piedad de los fieles» porque confía mucho en esta mediación. En efecto, conviene reconocer que, antes que nadie, Dios mismo, el eterno Padre, *se entregó a la Virgen de Nazaret*, dándole su propio Hijo en el misterio de la Encarnación. Esta elección suya al sumo cometido y dignidad de Madre del Hijo de Dios, a nivel ontológico, se refiere a la realidad misma de la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo (*unión hipostática*). Este hecho fundamental de ser la Madre del Hijo de Dios supone, desde el principio, una apertura total a la persona de Cristo, a toda su obra y misión. Las palabras «he aquí la esclava del Señor» atestiguan esta apertura del espíritu de María, la cual, de manera perfecta, reúne en sí misma el amor propio de la virginidad y el amor característico de la maternidad, unidos y como fundidos juntamente.

Por tanto María ha llegado a ser no sólo la «madre-nodriz» del Hijo del hombre, sino también la «compañera singularmente generosa» (101) del Mesías y Redentor. Ella —como ya he dicho— avanzaba en la peregrinación de la fe y en esta *peregrinación* suya hasta los pies de la Cruz se ha realizado, al mismo tiempo, su *cooperación* materna en toda la misión del Salvador mediante sus acciones y sufrimientos. A través de esta colaboración en la obra del Hijo Redentor, la maternidad misma de María conocía una transformación singular, colmándose cada vez más de «ardiente caridad» hacia todos aquellos a quienes

estaba dirigida la misión de Cristo. Por medio de esta «ardiente caridad», orientada a realizar en unión con Cristo la restauración de la «vida sobrenatural de las almas»,⁽¹⁰²⁾ María *entraba de manera muy personal en la única mediación* «entre Dios y los hombres», *que es la mediación del hombre Cristo Jesús*. Si ella fue la primera en experimentar en sí misma los efectos sobrenaturales de esta única mediación —ya en la anunciación había sido saludada como «llena de gracia»— entonces es necesario decir, que por esta plenitud de gracia y de vida sobrenatural, estaba particularmente predispuesta a la cooperación con Cristo, único mediador de la salvación humana. *Y tal cooperación espresivamente esta mediación subordinada a la mediación de Cristo*.

En el caso de María se trata de una mediación especial y excepcional, basada sobre su «plenitud de gracia», que se traducirá en la plena disponibilidad de la «esclava del Señor». Jesucristo, como respuesta a esta disponibilidad interior de su Madre, *la preparaba* cada vez más a ser para los hombres «madre en el orden de la gracia». Esto indican, al menos de manera indirecta, algunos detalles anotados por los Sinópticos (cf. *Lc* 11, 28; 8, 20-21; *Mc* 3, 32-35; *Mt* 12, 47-50) y más aún por el Evangelio de Juan (cf. 2, 1-12; 19, 25-27), que ya he puesto de relieve. A este respecto, son particularmente elocuentes las palabras, pronunciadas por Jesús en la Cruz, relativas a María y a Juan.

40. Después de los acontecimientos de la resurrección y de la ascensión, María, entrando con los apóstoles en el cenáculo a la espera de Pentecostés, estaba presente como Madre del Señor glorificado. Era no sólo la que «avanzó en la peregrinación de la fe» y guardó fielmente su unión con el Hijo «hasta la Cruz», *sino también la «esclava del Señor», entregada por su Hijo como madre a la Iglesia naciente*: «He aquí a tu madre». Así empezó a formarse una relación especial entre esta Madre y la Iglesia. En efecto, la Iglesia naciente era fruto de la Cruz y de la resurrección de su Hijo. María, que desde el principio se había entregado sin reservas a la persona y obra de su Hijo, no podía dejar de volcar sobre la Iglesia esta entrega suya materna. Después de la ascensión del Hijo, su maternidad permanece en la Iglesia como mediación materna; intercediendo por todos sus hijos, la madre coopera en la acción salvífica del Hijo, Redentor del mundo. Al respecto enseña el Concilio: «Esta maternidad de María en la economía de la gracia *perdura sin cesar ... hasta la consumación perpetua de todos los elegidos*».⁽¹⁰³⁾ Con la muerte redentora de su Hijo, la mediación materna de la esclava del Señor alcanzó una dimensión universal, porque la obra de la redención abarca a todos los hombres. Así se manifiesta de manera singular la eficacia de la mediación única y universal de Cristo «entre Dios y los hombres». La cooperación de María *participa*, por su carácter subordinado, *de la universalidad de la mediación del Redentor*, único mediador. Esto lo indica claramente el Concilio con las palabras citadas antes.

«Pues —leemos todavía— asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna».⁽¹⁰⁴⁾ Con este carácter de «intercesión», que se manifestó por primera vez en Caná de Galilea, la mediación de María continúa en la historia de la Iglesia y del mundo. Leemos que María «con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada».⁽¹⁰⁵⁾ De este modo la maternidad de María perdura incesantemente en la Iglesia como mediación intercesora, y la Iglesia expresa su fe en esta verdad invocando a María «con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora».⁽¹⁰⁶⁾

41. María, por su mediación subordinada a la del Redentor, contribuye *de manera especial a la unión de la Iglesia peregrina en la tierra con la realidad escatológica y celestial de la comunión de los santos*, habiendo sido ya «asunta a los cielos».⁽¹⁰⁷⁾ La verdad de la Asunción, definida por Pío XII, ha sido reafirmada por el Concilio Vaticano II, que expresa así la fe de la Iglesia: «Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena, *fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada* por el Señor *como Reina universal* con el fin de que se asemeje de forma más plena a su Hijo, Señor de señores (cf. *Ap* 19, 16) y vencedor del pecado y de la muerte».⁽¹⁰⁸⁾ Con esta enseñanza Pío XII enlazaba con la Tradición, que ha encontrado múltiples expresiones en la historia de la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente.

Con el misterio de la Asunción a los cielos, se han realizado definitivamente en María todos los efectos de la única mediación *de Cristo Redentor del mundo y Señor resucitado*: «Todos vivirán en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicias; luego, los de Cristo en su Venida» (1 Co 15, 22-23). En el misterio de la Asunción se expresa la fe de la Iglesia, según la cual María «está también íntimamente unida» a Cristo porque, aunque como madre-virgen estaba singularmente unida a él *en su primera venida*, por su cooperación constante con él lo estará también a la espera de la segunda; «redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo»,(109) ella tiene también aquella función, propia de la madre, de mediadora de clemencia *en la venida definitiva*, cuando todos los de Cristo revivirán, y «el último enemigo en ser destruido será la Muerte» (1 Co 15, 26).(110)

A esta exaltación de la «Hija excelsa de Sión»,(111) mediante la asunción a los cielos, está unido el misterio de su gloria eterna. En efecto, la Madre de Cristo es glorificada como «Reina universal».(112) La que en la anunciación se definió como «esclava del Señor» fue durante toda su vida terrena fiel a lo que este nombre expresa, confirmando así que era una verdadera «discípula» de Cristo, el cual subrayaba intensamente el carácter de servicio de su propia misión: el Hijo del hombre «no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mt 20, 28). Por esto María ha sido la primera entre aquellos que, «sirviendo a Cristo también en los demás, conducen en humildad y paciencia a sus hermanos al Rey, cuyo servicio equivale a reinar»,(113) Y ha conseguido plenamente aquel «estado de libertad real», propio de los discípulos de Cristo: ¡servir quiere decir reinar!

«Cristo, habiéndose hecho obediente hasta la muerte y habiendo sido por ello exaltado por el Padre (cf. Flp 2, 8-9), entró en la gloria de su reino. A El están sometidas todas las cosas, hasta que El se someta a Sí mismo y todo lo creado al Padre, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas (cf. 1 Co 15, 27-28)».(114) María, esclava del Señor, forma parte de este Reino del Hijo.(115) La *gloria de servir* no cesa de ser su exaltación real; asunta a los cielos, ella no termina aquel servicio suyo salvífico, en el que se manifiesta la mediación materna, «hasta la consumación perpetua de todos los elegidos».(116) Así aquella, que aquí en la tierra «guardó fielmente su unión con el Hijo hasta la Cruz», sigue estando unida a él, mientras ya «a El están sometidas todas las cosas, hasta que El se someta a Sí mismo y todo lo creado al Padre». Así en su asunción a los cielos, María está como envuelta por toda la realidad de la comunión de los santos, y su misma unión con el Hijo en la gloria está dirigida toda ella hacia la plenitud definitiva del Reino, *cuando «Dios sea todo en todas las cosas»*.

También en esta fase la mediación materna de María sigue estando subordinada a aquel que es el único Mediador, *hasta la realización definitiva de la «plenitud de los tiempos»*, es decir, hasta que «todo tenga a Cristo por Cabeza» (Ef 1, 10).

2. María en la vida de la Iglesia y de cada cristiano

42. El Concilio Vaticano II, siguiendo la Tradición, ha dado nueva luz sobre el papel de la Madre de Cristo en la vida de la Iglesia. «La Bienaventurada Virgen, por el don ... de la maternidad divina, con la que está unida al Hijo Redentor, y por sus singulares gracias y dones, está unida también íntimamente a la Iglesia. *La Madre de Dios es tipo de la Iglesia*, a saber: en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo».(117) Ya hemos visto anteriormente como María permanece, desde el comienzo, con los apóstoles a la espera de Pentecostés y como, siendo «feliz la que ha creído», a través de las generaciones está presente en medio de la Iglesia peregrina mediante la fe y como modelo de la esperanza que no desengaña (cf. Rom 5, 5).

María creyó que se cumpliría lo que le había dicho el Señor. Como Virgen, creyó que concebiría y daría a luz un hijo: el «Santo», al cual corresponde el nombre de «Hijo de Dios», el nombre de «Jesús» (Dios que salva). Como esclava del Señor, permaneció perfectamente fiel a la persona y a la misión de este Hijo. Como madre, «*creyendo y obedeciendo*, engendró en la tierra al mismo *Hijo del Padre*, y esto sin conocer varón,

cubierta con la sombra del Espíritu Santo».(118)

Por estos motivos María «con razón es honrada con especial culto por la Iglesia; ya desde los tiempos más antiguos ... es honrada con el título de Madre de Dios, a cuyo amparo los fieles en todos sus peligros y necesidades acuden con sus súplicas».(119) Este culto es del todo particular: contiene en sí y *expresa* aquel profundo vínculo existente *entre la Madre de Cristo y la Iglesia*.(120) Como virgen y madre, María es para la Iglesia un «modelo perenne». Se puede decir, pues, que, sobre todo según este aspecto, es decir como modelo o, más bien como «figura», María, presente en el misterio de Cristo, está también constantemente presente en el misterio de la Iglesia. En efecto, también la Iglesia «es llamada madre y virgen», y estos nombres tienen una profunda justificación bíblica y teológica.(121)

43. *La Iglesia «se hace también madre* mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad».(122) Igual que María creyó la primera, acogiendo la palabra de Dios que le fue revelada en la anunciación, y permaneciendo fiel a ella en todas sus pruebas hasta la Cruz, así la Iglesia llega a ser Madre cuando, *acogiendo con fidelidad la palabra de Dios*, «por la predicación y el bautismo *engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios*».(123) Esta característica «materna» de la Iglesia ha sido expresada de modo particularmente vigoroso por el Apóstol de las gentes, cuando escribía: «¡Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros!» (*Gál 4, 19*). En estas palabras de san Pablo está contenido un indicio interesante de la conciencia materna de la Iglesia primitiva, unida al servicio apostólico entre los hombres. Esta conciencia permitía y permite constantemente a la Iglesia ver el misterio de su vida y de su misión *a ejemplo de la misma Madre del Hijo*, que es el «primogénito entre muchos hermanos» (*Rom 8, 29*).

Se puede afirmar que la Iglesia aprende también de María la propia maternidad; reconoce la dimensión materna de su vocación, unida esencialmente a su naturaleza sacramental, «contemplando su arcana santidad e imitando su caridad, y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre».(124) Si la Iglesia es signo e instrumento de la unión íntima con Dios, lo es por su maternidad, porque, vivificada por el Espíritu, «engendra» hijos e hijas de la familia humana a una vida nueva en Cristo. Porque, al igual que *María está al servicio del misterio de la encarnación*, así *la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos* por medio de la gracia.

Al mismo tiempo, a ejemplo de María, la Iglesia es la virgen fiel al propio esposo: «también ella es virgen que custodia pura e íntegramente la fe prometida al Esposo».(125) La Iglesia es, pues, la esposa de Cristo, como resulta de las cartas paulinas (cf. *Ef 5, 21-33; 2 Co 11, 2*) y de la expresión joánica «la esposa del Cordero» (*Ap 21, 9*). *Si la Iglesia como esposa custodia «la fe prometida a Cristo»*, esta fidelidad, a pesar de que en la enseñanza del Apóstol se haya convertido en imagen del matrimonio (cf. *Ef 5, 23-33*), posee también el valor tipo de la total donación a Dios en el celibato «por el Reino de los cielos», *es decir de la virginidad consagrada a Dios* (cf. *Mt 19, 11-12; 2 Cor 11, 2*). Precisamente esta virginidad, siguiendo el ejemplo de la Virgen de Nazaret, es fuente de una especial fecundidad espiritual: *es fuente de la maternidad en el Espíritu Santo*.

Pero *la Iglesia* custodia también la fe *recibida de Cristo*; a ejemplo de María, que guardaba y meditaba en su corazón (cf. *Lc 2, 19. 51*) todo lo relacionado con su Hijo divino, está dedicada a custodiar la Palabra de Dios, a indagar sus riquezas con discernimiento y prudencia con el fin de dar en cada época un testimonio fiel a todos los hombres.(126)

44. Ante esta ejemplaridad, la Iglesia se encuentra con María e intenta asemejarse a ella: «Imitando a la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo conserva virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza, la sincera caridad».(127) Por consiguiente, María está presente en el misterio de la Iglesia como *modelo*. Pero el misterio de la Iglesia consiste también en el hecho de engendrar a los hombres a una vida nueva e inmortal: es su maternidad en el Espíritu Santo. Y aquí María no sólo es modelo y figura de la Iglesia, sino mucho más. Pues, «*con materno amor coopera a la generación y educación*» de los hijos e hijas de la madre Iglesia. La maternidad de la Iglesia se lleva a cabo no sólo según el modelo y la figura de la Madre de Dios, sino también con su «cooperación». La Iglesia *recibe* copiosamente de esta cooperación, es decir de la

mediación materna, que es característica de María, ya que en la tierra ella cooperó a la generación y educación de los hijos e hijas de la Iglesia, como Madre de aquel Hijo «a quien Dios constituyó como hermanos».(128)

En ello cooperó —como enseña el Concilio Vaticano II— con materno amor.(129) Se descubre aquí el valor real de las palabras dichas por Jesús a su madre cuando estaba en la Cruz: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» y al discípulo: «Ahí tienes a tu madre» (*Jn 19, 26-27*). Son palabras que determinan *el lugar de María en la vida de los discípulos de Cristo* y expresan —como he dicho ya— su nueva maternidad como Madre del Redentor: la maternidad espiritual, nacida de lo profundo del misterio pascual del Redentor del mundo. Es una maternidad en el orden de la gracia, porque implora el don del Espíritu Santo que suscita los nuevos hijos de Dios, redimidos mediante el sacrificio de Cristo: aquel Espíritu que, junto con la Iglesia, María ha recibido también el día de Pentecostés.

Esta maternidad suya ha sido comprendida y vivida particularmente por el pueblo cristiano en el sagrado Banquete —celebración litúrgica del misterio de la Redención—, en el cual Cristo, su verdadero cuerpo nacido de María Virgen, se hace presente.

Con razón la piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un *profundo vínculo* entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía; es un hecho de relieve en la liturgia tanto occidental como oriental, en la tradición de las Familias religiosas, en la espiritualidad de los movimientos contemporáneos incluso los juveniles, en la pastoral de los Santuarios marianos *María guía a los fieles a la Eucaristía*.

45. Es esencial a la maternidad la referencia a la persona. La maternidad determina siempre *una relación única e irrepetible* entre dos personas: *la de la madre con el hijo y la del hijo con la Madre*. Aun cuando una misma mujer sea madre de muchos hijos, su relación personal con cada uno de ellos caracteriza la maternidad en su misma esencia. En efecto, cada hijo es engendrado de un modo único e irrepetible, y esto vale tanto para la madre como para el hijo. Cada hijo es rodeado del mismo modo por aquel amor materno, sobre el que se basa su formación y maduración en la humanidad.

Se puede afirmar que la maternidad «en el orden de la gracia» mantiene la analogía con cuanto a en el orden de la naturaleza» caracteriza la unión de la madre con el hijo. En esta luz se hace más comprensible el hecho de que, en el testamento de Cristo en el Gólgota, la nueva maternidad de su madre haya sido expresada en singular, refiriéndose a un hombre: «Ahí tienes a tu hijo».

Se puede decir además que en estas mismas palabras está indicado plenamente el motivo *de la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo*; no sólo de Juan, que en aquel instante se encontraba a los pies de la Cruz en compañía de la Madre de su Maestro, sino de todo discípulo de Cristo, de todo cristiano. El Redentor confía su madre al discípulo y, al mismo tiempo, se la da como madre. La maternidad de María, que se convierte en herencia del hombre, es un don: *un don que Cristo mismo* hace personalmente a cada hombre. El Redentor confía María a Juan, en la medida en que confía Juan a María. A los pies de la Cruz comienza aquella especial *entrega del hombre a la Madre de Cristo*, que en la historia de la Iglesia se ha ejercido y expresado posteriormente de modos diversos. Cuando el mismo apóstol y evangelista, después de haber recogido las palabras dichas por Jesús en la Cruz a su Madre y a él mismo, añade: «Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (*Jn 19,27*). Esta afirmación quiere decir con certeza que al discípulo se atribuye el papel de hijo y que él cuidó de la Madre del Maestro amado. Y ya que María fue dada como madre personalmente a él, la afirmación indica, aunque sea indirectamente, lo que expresa la relación íntima de un hijo con la madre. Y todo esto se encierra en la palabra «entrega». La entrega es *la respuesta* al amor de una persona y, en concreto, *al amor de la madre*.

La dimensión mariana de la vida de un discípulo de Cristo se manifiesta de modo especial precisamente mediante esta entrega filial respecto a la Madre de Dios, iniciada con el testamento del Redentor en el Gólgota. Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, «acoge entre sus cosas propias» (130) a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su «yo» humano y cristiano: «*La acogió en su casa*» Así el cristiano, trata de entrar en el radio de acción de aquella

«caridad materna», con la que la Madre del Redentor «cuida de los hermanos de su Hijo»,(131) «a cuya generación y educación coopera» (132) según la medida del don, propia de cada uno por la virtud del Espíritu de Cristo. Así se manifiesta también aquella maternidad según el espíritu, que ha llegado a ser la función de María a los pies de la Cruz y en el cenáculo.

46. Esta relación filial, esta entrega de un hijo a la Madre no sólo tiene su *comienzo en Cristo*, sino que se puede decir que definitivamente *se orienta hacia él*. Se puede afirmar que María sigue repitiendo a todos las mismas palabras que dijo en Caná de Galilea: «Haced lo que él os diga». En efecto es él, Cristo, el único mediador entre Dios y los hombres; es él «el Camino, la Verdad y la Vida» (*Jn* 4, 6); es él a quien el Padre ha dado al mundo, para que el hombre «no perezca, sino que tenga vida eterna» (*Jn* 3, 16). La Virgen de Nazaret se ha convertido en la primera «testigo» de este amor salvífico del Padre y desea *permanecer también su humilde esclava siempre y por todas partes*. Para todo cristiano y todo hombre, María es la primera que «ha creído», y precisamente con esta fe suya de esposa y de madre quiere actuar sobre todos los que se entregan a ella como hijos. Y es sabido que cuanto más estos hijos perseveran en esta actitud y avanzan en la misma, tanto más María les acerca a la «inescrutable riqueza de Cristo» (*Ef* 3, 8). E igualmente ellos reconocen cada vez mejor la dignidad del hombre en toda su plenitud, y el sentido definitivo de su vocación, porque «Cristo ... manifiesta plenamente el hombre al propio hombre».(133)

Esta dimensión mariana en la vida cristiana adquiere un acento peculiar respecto a la mujer y a su condición. En efecto, la femineidad tiene una *relación singular* con la Madre del Redentor, tema que podrá profundizarse en otro lugar. Aquí sólo deseo poner de relieve que la figura de María de Nazaret proyecta luz sobre la *mujer en cuanto tal* por el mismo hecho de que Dios, en el sublime acontecimiento de la encarnación del Hijo, se ha entregado al ministerio libre y activo de una mujer. Por lo tanto, se puede afirmar que la mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su femineidad y para llevar a cabo su verdadera promoción. A la luz de María, la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos, de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo.

47. Durante el Concilio Pablo VI proclamó solemnemente que *María es Madre de la Iglesia*, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores».(134) Más tarde, el año 1968 en la Profesión de fe, conocida bajo el nombre de «Credo del pueblo de Dios», ratificó esta afirmación de forma aún más comprometida con las palabras «Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia continúa en el cielo su misión maternal para con los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos».(135)

El magisterio del Concilio ha subrayado que la verdad sobre la Santísima Virgen, Madre de Cristo, constituye un medio eficaz para la profundización de la verdad sobre la Iglesia. El mismo Pablo VI, tomando la palabra en relación con la Constitución *Lumen gentium*, recién aprobada por el Concilio, dijo: «*El conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la clave para la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia*».(136) María está presente en la Iglesia como Madre de Cristo y, a la vez, como aquella Madre que Cristo, en el misterio de la redención, ha dado al hombre en la persona del apóstol Juan. Por consiguiente, María acoge, con su nueva maternidad en el Espíritu, a todos y a cada uno *en la Iglesia*, acoge también a todos y a cada uno *por medio* de la Iglesia. En este sentido María, Madre de la Iglesia, es también su modelo. En efecto, la Iglesia —como desea y pide Pablo VI— «encuentra en ella (María) la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo».(137)

Merced a este vínculo especial, que une a la Madre de Cristo con la Iglesia, *se aclara mejor el misterio de aquella «mujer»* que, desde los primeros capítulos del Libro del *Génesis* hasta el *Apocalipsis*, acompaña la revelación del designio salvífico de Dios respecto a la humanidad. Pues María, presente en la Iglesia como Madre del Redentor, participa maternalmente en aquella «dura batalla contra el poder de las tinieblas» (138) que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana. Y por esta identificación suya eclesial con la «mujer vestida de sol» (*Ap* 12, 1), (139) se puede afirmar que «la Iglesia en la Beatísima Virgen ya llegó a la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga»; por esto, los cristianos, alzando con fe los ojos

hacia María a lo largo de su peregrinación terrena, «aún se esfuerzan en crecer en la santidad».(140) María, la excelsa hija de Sión, ayuda a todos los hijos —donde y como quiera que vivan— *a encontrar en Cristo el camino hacia la casa del Padre.*

Por consiguiente, la Iglesia, a lo largo de toda su vida, mantiene con la Madre de Dios un vínculo que comprende, en el misterio salvífico, el pasado, el presente y el futuro, y la venera como madre espiritual de la humanidad y abogada de gracia.

3. EL sentido del Año Mariano

48. Precisamente el vínculo especial de la humanidad con esta Madre me ha movido a proclamar en la Iglesia, en el período que precede a la conclusión del segundo Milenio del nacimiento de Cristo, un Año Mariano. Una iniciativa similar tuvo lugar ya en el pasado, cuando Pío XII proclamó el 1954 como Año Mariano, con el fin de resaltar la santidad excepcional de la Madre de Cristo, expresada en los misterios de su Inmaculada Concepción (definida exactamente un siglo antes) y de su Asunción a los cielos.(141)

Ahora, siguiendo la línea del Concilio Vaticano II, deseo poner de relieve la *especial presencia* de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de su Iglesia. Esta es, en efecto, una dimensión fundamental que brota de la mariología del Concilio, de cuya clausura nos separan ya más de veinte años. El Sínodo extraordinario de los Obispos, que se ha realizado el año 1985, ha exhortado a todos a seguir fielmente el magisterio y las indicaciones del Concilio. Se puede decir que en ellos —Concilio y Sínodo— está contenido lo que el mismo Espíritu Santo desea «decir a la Iglesia» en la presente fase de la historia.

En este contexto, el Año Mariano deberá promover también una nueva y profunda lectura de cuanto el Concilio ha dicho sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, a la que se refieren las consideraciones de esta Encíclica. Se trata aquí no sólo de la *doctrina de fe*, sino también *de la vida de fe* y, por tanto, de la auténtica «espiritualidad mariana», considerada a la luz de la Tradición y, de modo especial, de la espiritualidad a la que nos exhorta el Concilio.(142) Además, la *espiritualidad* mariana, a la par de la *devoción* correspondiente, encuentra una fuente riquísima en la experiencia histórica de las personas y de las diversas comunidades cristianas, que viven entre los distintos pueblos y naciones de la tierra. A este propósito, me es grato recordar, entre tantos testigos y maestros de la espiritualidad mariana, la figura de san Luis María Grignon de Montfort, el cual proponía a los cristianos la consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del bautismo.(143) Observo complacido cómo en nuestros días no faltan tampoco nuevas manifestaciones de esta espiritualidad y devoción.

49. *Este Año comenzará en la solemnidad de Pentecostés, el 7 de junio próximo.* Se trata, pues, de recordar no sólo que María «ha precedido» la entrada de Cristo Señor en la historia de la humanidad, sino de subrayar además, a la luz de María, que desde el cumplimiento del misterio de la Encarnación la historia de la humanidad ha entrado en la «plenitud de los tiempos» y que la Iglesia es el signo de esta plenitud. Como Pueblo de Dios, la Iglesia realiza su peregrinación hacia la eternidad mediante la fe, en medio de todos los pueblos y naciones, desde el día de Pentecostés. *La Madre de Cristo*, que estuvo presente en el comienzo del «tiempo de la Iglesia», cuando a la espera del Espíritu Santo rezaba asiduamente con los apóstoles y los discípulos de su Hijo, «precede» constantemente a la Iglesia en este *camino suyo* a través de la historia de la humanidad. María es también la que, precisamente como esclava del Señor, coopera sin cesar en la obra de la salvación llevada a cabo por Cristo, su Hijo.

Así, mediante este Año Mariano, *la Iglesia es llamada* no sólo a recordar todo lo que en su pasado testimonia la especial y materna cooperación de la Madre de Dios en la obra de la salvación en Cristo Señor, sino además *a preparar*, por su parte, cara al futuro las vías de esta cooperación, ya que el final del segundo Milenio cristiano abre como una nueva perspectiva.

50. Como ya ha sido recordado, también entre los hermanos separados muchos honran y celebran a la Madre del Señor, de modo especial los Orientales. Es una luz mariana proyectada sobre el ecumenismo. De modo particular, deseo recordar todavía que, durante el Año Mariano, se celebrará *el Milenio del bautismo* de San Vladimiro, Gran Príncipe de Kiev (a. 988), que dio comienzo al cristianismo en los territorios de la Rus' de entonces y, a continuación, en otros territorios de Europa Oriental; y que por este camino, mediante la obra de evangelización, el cristianismo se extendió también más allá de Europa, hasta los territorios septentrionales del continente asiático. Por lo tanto, queremos, especialmente a lo largo de este Año, unirnos en plegaria con cuantos celebran el Milenio de este bautismo, ortodoxos y católicos, renovando y confirmando con el Concilio aquellos sentimientos de gozo y de consolación porque «los orientales ... corren parejos con nosotros por su impulso fervoroso y ánimo en el culto de la Virgen Madre de Dios».(144) Aunque experimentamos todavía los dolorosos efectos de la separación, acaecida algunas décadas más tarde (a. 1054), podemos decir que *ante la Madre de Cristo nos sentimos verdaderos hermanos y hermanas* en el ámbito de aquel pueblo mesiánico, llamado a ser una única familia de Dios en la tierra, como anunciaba ya al comienzo del Año Nuevo: «Deseamos confirmar esta herencia universal de todos los hijos y las hijas de la tierra».(145)

Al anunciar el año de María, precisaba además que su clausura se realizará el año próximo en la *solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen a los cielos*, para resaltar así «la señal grandiosa en el cielo», de la que habla *el Apocalipsis*. De este modo queremos cumplir también la exhortación del Concilio, que mira a María como a un «signo de esperanza segura y de consuelo para el pueblo de Dios peregrinante». Esta exhortación la expresa el Concilio con las siguientes palabras: «Ofrezcan los fieles súplicas insistentes a la Madre de Dios y Madre de los hombres, para que ella, que estuvo presente en las primeras oraciones de la Iglesia, ahora también, ensalzada en el cielo sobre todos los bienaventurados y los ángeles, en la comunión de todos los santos, interceda ante su Hijo, para que las familias de todos los pueblos, tanto los que se honran con el nombre cristiano como los que aún ignoran al Salvador, sean felizmente congregados con paz y concordia en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e individual Trinidad».(146)

CONCLUSIÓN

51. Al final de la cotidiana liturgia de las Horas se eleva, entre otras, esta invocación de la Iglesia a María: «Salve, Madre soberana del Redentor, puerta del cielo siempre abierta, estrella del mar; socorre al pueblo que sucumbe y lucha por levantarse, tú que para asombro de la naturaleza has dado el ser humano a tu Creador».

«Para asombro de la naturaleza». Estas palabras de la antífona expresan aquel *asombro de la fe*, que acompaña el misterio de la maternidad divina de María. Lo acompaña, en cierto sentido, en el corazón de todo lo creado y, directamente, en el corazón de todo el Pueblo de Dios, en el corazón de la Iglesia. Cuán admirablemente lejos ha ido Dios, creador y señor de todas las cosas, en la «revelación de sí mismo» al hombre.(147) Cuán claramente ha superado todos los espacios de la infinita «distancia» que separa al creador de la criatura. Si en sí mismo permanece *inefable e inescrutable*, más aún *es inefable e inescrutable en la realidad de la Encarnación* del Verbo, que se hizo hombre por medio de la Virgen de Nazaret.

Si El ha querido llamar eternamente al hombre a participar de la naturaleza divina (cf. *2 P* 1, 4), se puede afirmar que ha predispuesto la «divinización» del hombre según su condición histórica, de suerte que, después del pecado, está dispuesto a restablecer con gran precio el designio eterno de su amor mediante la «humanización» del Hijo, consubstancial a El. Todo lo creado y, más directamente, el hombre no puede menos de quedar asombrado ante este don, del que ha llegado a ser partícipe en el Espíritu Santo: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único» (*Jn* 3, 16).

En el centro de este misterio, en lo más vivo de este asombro de la fe, se halla María, Madre soberana del Redentor, que ha sido la primera en experimentar: «tú que para asombro de la naturaleza has dado el ser humano a tu Creador».

52. En la palabras de esta antifona litúrgica se expresa también *la verdad del «gran cambio»*, que se ha verificado en el hombre mediante el misterio de la Encarnación. Es un cambio que pertenece a toda su historia, desde aquel comienzo que se ha revelado en los primeros capítulos del *Génesis* hasta el término último, en la perspectiva del fin del mundo, del que Jesús no nos ha revelado «ni el día ni la hora» (*Mt* 25, 13). Es un cambio incesante y continuo entre el caer y el levantarse, entre el hombre del pecado y el hombre de la gracia y de la justicia. La liturgia, especialmente en Adviento, se coloca en el centro neurálgico de este cambio, y toca su incesante «hoy y ahora», mientras exclama: «Socorre al pueblo que sucumbe y lucha por levantarse».

Estas palabras se refieren a todo hombre, a las comunidades, a las naciones y a los pueblos, a las generaciones y a las épocas de la historia humana, a nuestros días, a estos años del Milenio que está por concluir: «Socorre, si, socorre al pueblo que sucumbe».

Esta es la invocación dirigida a María, «santa Madre del Redentor», es la invocación dirigida a Cristo, que por medio de María ha entrado en la historia de la humanidad. Año tras año, la antifona se eleva a María, evocando el momento en el que se ha realizado este esencial cambio histórico, que perdura irreversiblemente: el cambio entre el «caer» y el «levantarse».

La humanidad ha hecho admirables descubrimientos y ha alcanzado resultados prodigiosos en el campo de la ciencia y de la técnica, ha llevado a cabo grandes obras en la vía del progreso y de la civilización, y en épocas recientes se diría que ha conseguido acelerar el curso de la historia. Pero el cambio fundamental, cambio que se puede definir «original», acompaña siempre el camino del hombre y, a través de los diversos acontecimientos históricos, acompaña a todos y a cada uno. Es el cambio entre el «caer» y el «levantarse», entre la muerte y la vida. Es también *un constante desafío* a las conciencias humanas, un desafío a toda la conciencia histórica del hombre: el desafío a seguir la vía del «no caer» en los modos siempre antiguos y siempre nuevos, y del «levantarse», si ha caído.

Mientras con toda la humanidad se acerca al confín de los dos Milenios, la Iglesia, por su parte, con toda la comunidad de los creyentes y en unión con todo hombre de buena voluntad, recoge el gran desafío contenido en las palabras de la antifona sobre el «pueblo que sucumbe y lucha por levantarse» y se dirige conjuntamente al Redentor y a su Madre con la invocación «Socorre». En efecto, la Iglesia ve —y lo confirma esta plegaria— a la Bienaventurada Madre de Dios en el misterio salvífico de Cristo y en su propio misterio; la ve profundamente arraigada en la historia de la humanidad, en la eterna vocación del hombre según el designio providencial que Dios ha predispuesto eternamente para él; la ve maternalmente presente y partícipe en los múltiples y complejos problemas que acompañan hoy la vida de los individuos, de las familias y de las naciones; la ve socorriendo al pueblo cristiano en la lucha incesante entre el bien y el mal, para que «no caiga» o, si cae, «se levante».

Deseo fervientemente que las reflexiones contenidas en esta Encíclica ayuden también a la renovación de esta visión en el corazón de todos los creyentes.

Como Obispo de Roma, envío a todos, a los que están destinadas las presentes consideraciones, el beso de la paz, el saludo y la bendición en nuestro Señor Jesucristo. Así sea.

Dado en Roma, junto a san Pedro, el 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor del año 1987, noveno de mi Pontificado.

NOTAS

(1) Cf. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 52 y todo el cap. VIII, titulado «La bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia».

(2) La expresión «plenitud de los tiempos» (*pléroma tou jronou*) es paralela a locuciones afines del judaísmo tanto bíblico (cf. Gn 29, 21, 1 S 7, 12; Tb 14, 5) como extrabíblico, y sobre todo del N.T. (cf. Mc 1, 15; Lc 21, 24; Jn 7, 8; Ef 1, 10). Desde el punto de vista formal, esta expresión indica no sólo la conclusión de un proceso cronológico, sino sobre todo la madurez o el cumplimiento de un período particularmente importante, porque está orientado hacia la actuación de una espera, que adquiere, por tanto, una dimensión escatológica. Según Ga 4, 4 y su contexto, es el acontecimiento del Hijo de Dios quien revela que el tiempo ha colmado, por así decir, la medida; o sea, el período indicado por la promesa hecha a Abraham, así como por la ley interpuesta por Moisés, ha alcanzado su culmen, en el sentido de que Cristo cumple la promesa divina y supera la antigua ley.

(3) Cf. Misal Romano, Prefacio del 8 de diciembre, en la Inmaculada Concepción de Santa María Virgen; S. Ambrosio, *De Institutione Virginis*, V, 93-94; PL 16, 342; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 68.

(4) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 58.

(5) Pablo VI, Carta Enc. *Christi Matri* (15 de septiembre de 1966): AAS 58 (1966) 745-749; Exhort. Apost. *Signum magnum* (13 de mayo de 1967): AAS 59 (1967) 465-475; Exhort. Apost. *Marialis cultus* (2 de febrero de 1974): AAS 66 (1974) 113-168.

(6) El Antiguo Testamento ha anunciado de muchas maneras el misterio de María: cf. S. Juan Damasceno, *Hom. in Dormitionem I*, 8-9: S. Ch. 80, 103-107.

(7) Cf. Enseñanzas, VI/2 (1983), 225 s., Pío IX, Carta Apost. *Ineffabilis Deus* (8 de diciembre de 1854): Pii IX P. M. Acta, pars I, 597-599.

(8) Cf. Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 22.

(9) Conc. Ecum. Ephes.: *Conciliorum Oecumenicorum Decreto*, Bologna 1973(3), 41-44; 59-61 (DS 250-264), cf. Conc. Ecum. Calcedon.: o.c., 84-87 (DS 300-303).

(10) Conc. Ecum. Vat II, Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 22.

(11) Const dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 52.

(12) Cf. *ibid.*, 58.

(13) *Ibid.*, 63; cf. S. Ambrosio, *Expos. Evang. sec. Luc.*, II, 7:CSEL, 32/4, 45; *De Institutione Virginis*, XIV, 88-89: PL 16, 341.

(14) Cf. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 64.

(15) *Ibid.*, 65.

(16) «Elimina este astro del sol que ilumina el mundo y ¿dónde va el día? Elimina a María, esta estrella del mar, sí, del mar grande e inmenso ¿qué permanece sino una vasta niebla y la sombra de muerte y densas

nieblas?: S. Bernardo, In Nativitate B. Mariae Sermo-De aquaeductu, 6: S. Bernardi Opera, V, 1968, 279; cf. In laudibus Virginis Matris Homilia II, 17: Ed. cit., IV, 1966, 34 s.

(17) Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 63.

(18) Ibid., 63.

(19) Sobre la predestinación de María, cf. S. Juan Damasceno, Hom. in Nativitatem, 7; 10: S. Ch. 80, 65; 73; Hom. in Dormitionem I, 3: S. Ch. 80, 85: «Es ella, en efecto, que, elegida desde las generaciones antiguas, en virtud de la predestinación y de la benevolencia del Dios y Padre que te ha engendrado a ti (oh Verbo de Dios) fuera del tiempo sin salir de sí mismo y sin alteración alguna, es ella que te ha dado a luz, alimentado con su carne, en los últimos tiempos ...».

(20) Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 55.

(21) Sobre esta expresión hay en la tradición patristica una interpretación amplia y variada: cf. Orígenes, In Lucam homiliae, VI, 7: S. Ch. 87, 148; Severiano De Gabala, In mundi creationem, Oratio VI, 10: PG 56, 497 s.; S. Juan Crisóstomo (pseudónimo), In Annuntiationem Deiparae et contra Arium impium, PG 62, 765 s.; Basilio De Seleucia, Oratio 39, In Sanctissimae Deiparae Annuntiationem, 5: PG 85, 441-446; Antipatro De Ostra, Hom. II, In Sanctissimae Deiparae Annuntiationem, 3-11: PG, 1777-1783; S. Sofronio de Jerusalén, Oratio II, In Sanctissimae Deiparae Annuntiationem, 17-19: PG 87/3, 3235-3240; S. Juan Damasceno, Hom. in Dormitionem, I, 7: S. Ch. 80, 96-101; S. Jerónimo, Epistola 65, 9: PL 22, 628; S. Ambrosio, Expos. Evang. sec. Lucam, II, 9: CSEL 34/4, 45 s.; S. Agustín, Sermo 291, 4-6: PL 38, 1318 s.; Enchiridion, 36, 11: PL 40, 250; S. Pedro Crisólogo, Sermo 142: PL 52, 579 s.; Sermo 143: PL 52, 583; S. Fulgencio De Ruspe, Epistola 17, VI, 12: PL 65, 458; S. Bernardo, In laudibus Virginis Matris, Homilia III, 2-3: S. Bernardi Opera, IV, 1966, 36-38.

(22) Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 55.

(23) Ibid., 53.

(24) Cf. Pío IX, Carta Apost. Ineffabilis Deus (8 de diciembre de 1854): Pii IX P. M. Acta, pars I, 616; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 53.

(25) Cf. S. Germán. Cost., In Annuntiationem SS. Deiparae Hom.: PG 98, 327 s.; S. Andrés Cret., Canon in B. Mariae Natalem, 4: PG 97, 1321 s.; In Nativitatem B. Mariae, I: PG 97, 811 s.; Hom. in Dormitionem S. Mariae 1: PG 97, 1067 s.

(26) Liturgia de las Horas, del 15 de Agosto, en la Asunción de la Bienaventurada Virgen María, Himno de las I y II Vísperas; S. Pedro Damián, Carmina et preces, XLVII: PL 145, 934.

(27) Divina Comedia, Paraíso XXXIII, 1; cf. Liturgia de las Horas, Memoria de Santa María en sábado, Himno II en el Oficio de Lectura.

(28) Cf. S. Agustín, De Sancta Virginitate, III, 3: PL 40, 398; Sermo 25, 7: PL 16, 937 s.

(29) Const. dogm. sobre la divina revelación Dei Verbum, 5.

(30) Este es un tema clásico, ya expuesto por S. Ireneo: «Y como por obra de la virgen desobediente el hombre fue herido y, precipitado, murió, así también por obra de la Virgen obediente a la palabra de Dios, el hombre regenerado recibió, por medio de la vida, la vida ... Ya que era conveniente y justo ... que Eva fuera «recapitulada» en María, con el fin de que la Virgen, convertida en abogada de la virgen, disolviera y destruyera la desobediencia virginal por obra de la obediencia virginal»; Expositio doctrinae apostolicae, 33:

S. Ch. 62, 83-86; cf. también *Adversus Haereses*, V, 19, 1: S. Ch. 153, 248-250.

(31) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelación *Dei Verbum*, 5.

(32) *Ibid.*, 5; cf. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 56.

(33) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 56.

(34) *Ibid.*, 56.

(35) Cf. *ibid.*, 53; S. Agustín, *De Sancta Virginitate*, III, 3: PL 40, 398; *Sermo* 215, 4: PL 38, 1074; *Sermo* 196, I: PL 38, 1019; *De peccatorum meritis et remissione*, I, 29, 57: PL 44, 142; *Sermo* 25, 7: PL 46, 937 s.; S. León Magno, *Tractatus* 21; *De natale Domini*, I: CCL 138, 86.

(36) Cf. *Subida del Monte Carmelo*, L. II, cap. 3, 4-6.

(37) Cf. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 58.

(38) *Ibid.*, 58.

(39) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelación *Dei Verbum*, 5.

(40) Sobre la participación o «compasión» de María en la muerte de Cristo, cf. S. Bernardo, *In Dominica infra octavam Assumptionis Sermo*, 14: *S. Bernardi Opera*, V, 1968, 273.

(41) S. Ireneo, *Adversus Haereses*, III, 22, 4: S. Ch. 211, 438-444; cf. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 56, nota 6.

(42) Cf. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 56 y los Padres citados en las notas 8 y 9.

(43) «Cristo es verdad, Cristo es carne, Cristo verdad en la mente de María, Cristo carne en el seno de María»: S. Agustín, *Sermo* 25 (*Sermones inediti*), 7: PL 46, 938.

(44) Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 60.

(45) *Ibid.*, 61.

(46) *Ibid.*, 62.

(47) Es conocido lo que escribe Orígenes sobre la presencia de María y de Juan en el Calvario: «Los Evangelios son las primicias de toda la Escritura, y el Evangelio de Juan es el primero de los Evangelios; ninguno puede percibir el significado si antes no ha posado la cabeza sobre el pecho de Jesús y no ha recibido de Jesús a María como Madre»: *Comm. in Ioan.*, 1, 6: PG 14, 31; cf. S. Ambrosio, *Expos. Evang. sec. Luc.*, X, 129-131: CSEL, 32/4, 504 s.

(48) Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 54 y 53; este último texto conciliar cita a S. Agustín, *De Sancta Virginitate*, VI, 6: PL 40, 399.

(49) Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 55.

- (50) Cf. S. León Magno, Tractatus 26, de natale Domini, 2: CCL 138, 126.
- (51) Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 59.
- (52) S. Agustín, De Civitate Dei, XVIII, 51: CCL 48, 650.
- (53) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 8.
- (54) Ibid., 9.
- (55) Ibid., 9.
- (56) Ibid., 8.
- (57) Ibid., 9.
- (58) Ibid., 65.
- (59) Ibid., 59.
- (60) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelacion Dei Verbum,5.
- (61) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 63.
- (62) Cf. ibid., 9.
- (63) Cf. ibid., 65.
- (64) Ibid., 65.
- (65) Ibid., 65.
- (66) Cf. ibid., 13.
- (67) Cf. ibid., 13.
- (68) Cf. ibid., 13.
- (69) Cfr. Misal Romano, fórmula de la consagración del cáliz en las Plegarias Eucarísticas.
- (70) Conc. Ecum. Vat. II. Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 1.
- (71) Ibid., 13.
- (72) Ibid., 15.
- (73) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. sobre el ecumenismo Unitatis redintegratio, 1.
- (74) Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 68, 69. Sobre la Santísima Virgen María, promotora de la unidad de los cristianos y sobre el culto de María en Oriente, cf. León XIII, Carta Enc. Adiutricem populi (5

de septiembre de 1895): Acta Leonis, XV, 300-312.

(75) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. sobre el ecumenismo Unitatis redintegratio, 20.

(76) Ibid., 19.

(77) Ibid., 14.

(78) Ibid., 15.

(79) Conc. Ecum. Vat II, Const. dogm., sobre la Iglesia Lumen gentium, 66.

(80) Conc. Ecum. Calced., Definitio fidei: Conciliorum Oecumenicorum Decreta, Bologna 1973(3), 86 (DS 301)

(81) Cf. el Weddâsê Mâryâm (Alabanzas de María), que está a continuación del Salterio etíope y contiene himnos y plegarias a María para cada día de la semana. Cf. también el Matshafa Kidâna Mehrat (Libro del Pacto de Misericordia); es de destacar la importancia reservada a María en los Himnos así como en la liturgia etíope.

(82) Cf. S. Efrén, Hymn. de Nativitate: Scriptorum Syri, 82: CSCO, 186.

(83) Cf.. S. Gregorio De Narek, Le livre des prières: S. Ch. 78, 160-163; 428-432.

(84) Conc. Ecum. Niceno II: Conciliorum Oecumenicorum Decreta, Bologna 1973(3), 135-138 (DS 600-609).

(85) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 59.

(86) Cf Conc. Ecum. Vat. II, Decr. sobre el ecumenismo Unitatis redintegratio, 19.

(87) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 8.

(88) Ibid., 9.

(89) Como es sabido, las palabras del Magnificat contienen o evocan numerosos pasajes del Antiguo Testamento.

(90) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelación Dei Verbum, 2.

(91) Cf. por ejemplo S. Justino, Dialogus cum Tryphone Iudaeo, 100: Otto II, 358; S. Ireneo, Adversus Haereses III, 22, 4: S. Ch. 211, 439-449; Tertuliano, De carne Christi, 17, 4-6: CCL 2, 904 s.

(92) Cf. S. Epifanio, Panarion, III, 2; Haer. 78, 18: PG 42, 727-730

(93) Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción sobre Libertad cristiana y liberación (22 de marzo de 1986), 97.

(94) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 60.

(95) Ibid., 60.

(96) Cf. Ia fórmula de mediadora «ad Mediatorem» de S. Bernardo, In Dominica infra oct. Assumptionis Sermo, 2: S. Bernardi Opera, V, 1968, 263. María como puro espejo remite al Hijo toda gloria y honor que recibe: Id., In Nativitate B. Mariae Sermo-De aquaeductu, 12: ed. cit. , 283.

(97) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 62.

(98) Ibid., 62.

(99) Ibid., 61.

(100) Ibid., 62.

(101) Ibid., 61

(102) Ibid., 61

(103) Ibid., 62.

(104) Ibid., 62.

(105) Ibid., 62; también en su oración la Iglesia reconoce y celebra la «función materna» de María, función «de intercesión y perdón, de impetración y gracia, de reconciliación y paz» (cf. prefacio de la Misa de la Bienaventurada Virgen María, Madre y Mediadora de gracia, en Collectio Missarum de Beata Maria Virgine, ed. typ. 1987, I, 120.

(106) Ibid., 62.

(107) Ibid., 62; S. Juan Damasceno, Hom. in Dormitionem, I, 11; II, 2, 14: S. Ch. 80, 111 s.; 127-131; 157-161; 181-185; S. Bernardo, In Assumptione Beatae Mariae Sermo, 1-2: S. Bernardi Opera, V, 1968, 228-238.

(108) Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 59; cf. Pío XII, Const. Apost. Munificentissimus Deus (1 de noviembre de 1950): AAS 42 (1950) 769-771; S. Bernardo presenta a María inmersa en el esplendor de la gloria del Hijo: In Dominica infra oct. Assumptionis Sermo, 3: S. Bernardi Opera, V, 1968, 263 s.

(109) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 53.

(110) Sobre este aspecto particular de la mediación de María como impetradora de clemencia ante el Hijo Juez, cf. S. Bernardo, In Dominica infra oct. Assumptionis Sermo, 1-2: S. Bernardi Opera, V, 1968, 262 s.; León XIII, Cart. Enc. Octobri mense (22 de septiembre de 1891): Acta Leonis, XI, 299-315.

(111) Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 55.

(112) Ibid., 59.

(113) Ibid., 36.

(114) Ibid., 36.

(115) A propósito de María Reina, cf. S. Juan Damasceno, Hom. in Nativitatem, 6, 12; Hom. in

Dormitionem, I, 2, 12, 14; II, 11; III, 4: S. Ch. 80, 59 s.; 77 s.; 83 s.; 113 s.; 117; 151 s.; 189-193.

(116) Conc. Ecum. Vat. II, Const. sobre la Iglesia Lumen gentium, 62

(117) Ibid., 63.

(118) Ibid., 63.

(119) Ibid., 66.

(120) Cf. S. Ambrosio, De Institutione Virginis, XIV, 88-89: PL 16, 341; S. Agustín, Sermo 215, 4: PL 38, 1074; De Sancta Virginitate, II, 2; V, 5; VI, 6: PL 40, 397; 398 s.; 399; Sermo 191, II, 3: PL 38, 1010 s.

(121) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen Gentium, 63.

(122) Ibid., 64.

(123) Ibid., 64.

(124) Ibid., 64.

(125) Ibid., 64.

(126) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelación Dei Verbum, 8; S. Buenaventura, Comment. in Evang. Lucae, Ad Claras Aquas, VII, 53, n. 40; 68, n. 109.

(127) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 64.

(128) Ibid., 63.

(129) Ibid., 63.

(130) Como es bien sabido, en el texto griego la expresión «eis ta ídia» supera el límite de una acogida de María por parte del discípulo, en el sentido del mero alojamiento material y de la hospitalidad en su casa; quiere indicar más bien una comunión de vida que se establece entre los dos en base a las palabras de Cristo agonizante. Cf. S. Agustín, In Ioan. Evang. tract. 119, 3: CCL 36, 659: «La tomó consigo, no en sus heredades, porque no poseía nada propio, sino entre sus obligaciones que atendía con premura».

(131) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 62.

(132) Ibid., 63.

(133) Conc. Ecum. Vat II, Const past. sobre la Iglesia en el mundo actual Gaudium et Spes, 22.

(134) Cf. Pablo VI, Discurso del 21 de noviembre de 1964: AAS 56 (1964) 1015.

(135) Pablo VI, Solemne Profesión de Fe (30 de junio de 1968), 15: AAS 60 (1968) 438 s.

(136) Pablo VI, Discurso del 21 de noviembre de 1964: AAS 56 (1964) 1015.

(137) Ibid., 1016.

(138) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 37.

(139) Cf. S. Bernardo, In Dominica infra oct. Assumptionis Sermo: S. Bernardi Opera, V, 1968, 262-274.

(140) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 65.

(141) Cf. Cart. Enc. *Fulgens corona* (8 de septiembre de 1953): AAS 45 (1953) 577-592. Pío X con la Cart. Enc. *Ad diem illum* (2 de febrero de 1904), con ocasión del 50 aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, había proclamado un Jubileo extraordinario de algunos meses de duración: Pii X P. M. Acta, I, 147-166.

(142) Cf. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 66-67.

(143) Cf. S. Luis María Grignion de Montfort, *Traité de la vraie dévotion á la sainte Vierge*. Junto a este Santo se puede colocar también la figura de S. Alfonso María de Liguori, cuyo segundo centenario de su muerte se conmemora este año: cf. entre sus obras, *Las glorias de María*.

(144) Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 69.

(145) Homilía del 1 de enero de 1987.

(146) Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, 69.

(147) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelación *Dei Verbum*, 2: «Por esta revelación Dios invisible habla a los hombres como amigo, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía».
